

EL FANTASMA DE TU SOMBRA Y OTROS RELATOS

Cristhian Insuasty M.



Editorial
Universidad de Naritño



Editorial
Universidad de **Nariño**

**EL FANTASMA DE TU SOMBRA
Y OTROS RELATOS**

EL FANTASMA DE TU SOMBRA Y OTROS RELATOS

Cristhian Insuasty M.



Editorial
Universidad de Nariño

Insuasty M., Cristhian

El fantasma de tu sombra y otros relatos / Cristhian Insuasty M. -- San Juan de Pasto : Editorial Universidad de Nariño, 2023
87 p.

Incluye biografía del autor p. 85
ISBN: 978-628-7679-20-7

1. Literatura colombiana I. Título

Co863.44 I599 – SCDD-Ed. 22



Universidad de Nariño
FUNDADA EN 1944



Asociación de Investigadores
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN
FUNDADA EN 1984 - JUNIO DE 2017

Sección de Biblioteca
"Alberto Quijano Guerrero"

El fantasma de tu sombra y otros relatos

© Editorial Universidad de Nariño

© Cristhian Insuasty M.

ISBN: 978-628-7679-20-7

Corrector de estilo: Gonzalo Jiménez Manecha
Imagen de portada: Natali Caterine portillo Yela
Diagramación y Diseño: Sergio Arley Bastidas Rosero

Fecha de publicación: 2023
San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización de su Autor o de la Editorial Universidad de Nariño.

A: Mis fantasmas: la vida, el amor, la locura y la muerte.

ÍNDICE

<i>El Sanatorio</i>	7
<i>Los Gallinazos</i>	11
<i>El asesino de Alissa Dupont</i>	20
<i>El grito</i>	21
<i>El último polvo</i>	25
<i>Cronología de un animal</i>	32
<i>El lindero de los indios</i>	43
<i>En las tumbas</i>	47
<i>La tristeza de Raquel</i>	52
<i>Conversación</i>	56
<i>La casa del asesino</i>	59
<i>Al toque de campana</i>	66
<i>El fantasma de tu sombra</i>	77

El Sanatorio

Escena I

Son las siete, un pájaro revolotea en la ventana, picotea la transparencia del cristal que se mancha de un barro tibio que procede de las patas del ave. El picoteo se escucha con fuerza. Desesperado, introduce su pico en una rendija. Sin conseguir ventura entre el marco y su reflejo atravesado en el cristal, aporrea su cabeza con fuerza, en el que ve emplumada su figura hasta hender el gáznate; en un mareo turbador, se desploma y agoniza en la jardinera. El pájaro ha muerto.

Escena II

El sol increpa en la ventana y un brillo ciega sus ojos, que se ven atravesados en el espejo. Lentamente, abre los párpados y ahuyenta las moscas que se marchan como el enemigo en retirada. De pronto, unos nervios feroces le llevan a morder sus uñas, rebana la cutícula que se desprende como un pedazo de carne en las garras de una fiera salvaje. El ardor le hace detestar la contextura de su piel y el color blanquecino de sus vellos, que se camuflan en la delicada curvatura de sus falanges. Mira detenidamente aquella parte

redonda que sobresale en sus uñas y las muerde. Sus dientes desgarran la línea amarilla que la separa de la lámina ungueal. La yema de sus dedos se asemeja al vino-tinto encendido de los volcanes en erupción. Se da cuenta de que ya no siente placer, que uno a uno sus molares desisten de la barbarie y los separa de sus labios hasta quedar erguidos y mojados. “¿Podré vivir otro día encerrado en esta habitación?”, se pregunta.

Escena III

Junto a la lámpara obregón, siente la necesidad de una botella de vino, y oír la obra: El pájaro de Fuego, de Stravinski. En la lejanía, el leve susurro del piano de Diana Krall entra en su oído como un enjambre de abejas que zumba con intrépido placer. “¿Estará Diana Krall detrás de la puerta de madera?”, piensa.

La enfermera entra a la habitación; tiene unos anteojos que acrecientan su iris de un azul iluminado, en sus ojos siente el amor, la resurrección de la muerte, el cataclismo de los neones (sus ojos son como la periferia del campo en primavera). Musita una palabra y ve el despliegue de sus labios que forman las vocales, y el movimiento delicado de sus manos tendidas en el aire. Al rato, lo toma del brazo y le mide la presión:

—Ciento diez - setenta —pronuncia, aferrada al color íntimo de las baldosas en el piso.

Lo observa. Su cabello desgredado, el aliento a cadáver en su boca y la laceración en sus uñas le llevan a detestarle, y aborrecer su imagen desenfrenada, larga e incipiente. Luego, eructa con pasiva femineidad, una náusea se le atraganta en la garganta y huye.

Escena IV

Abren la habitación. La silueta de un hombre pequeño se entrevera entre el maniático paisaje de las sábanas blancas y el fragor del tictac del reloj en la pared ajena. En tanto, el psiquiatra habla el lenguaje de los locos, predice sus síntomas mientras le apunta vanamente con una luz en sus pupilas. “¿Será Jesús?”, piensa. Tiene una barba que le llega hasta el cuello, tapa su manzana de Adán y sus amígdalas. Un largo cabello cae de su frente, y una quijada sobresale en su rostro como el hocico de un lobo siberiano en la helada Rusia.

Lo amarran con un látex en la coyuntura de su codo y le pinchan con una aguja finamente visible, hasta encontrar una brotada vena: vercosa y notoria.

—Dos mililitros de Tiopentato —susurra; luego ríe.

En su cabeza está la muerte, la salvación del mundo imaginario al plenamente atroz y salvaje. Entonces, pensará tal vez: “Me cremarán y tirarán mis cenizas en el ducto del retrete y, luego, me harán pasar por Franklin Mora, el otro loco que se cree Harry Haller”.

Escena V

Los electrodos se adhieren como los tentáculos de un pulpo a la parte bilateral y unilateral de su sien.

—Tres mililitros de Atropina —replica.

Anclan sus manos a unas correas de un cuero rústico y tallador. Está descalzo. Sus pies se entumescen y toman un cárdeno color, que responde a la habitación de la cabina húmeda.

—¿Está lista, enfermera? —pregunta.

Ella precisa con un movimiento de cabeza de arriba hacia abajo. Encienden la máquina. Una corriente eléctrica lo lleva a temblar (trepida dolorosamente como los judíos que morían en la alambrada eléctrica de Mauthausen), una espesa baba rebosa de su boca, se

desliza diáfananamente por su cuello hasta caer en la camilla. La electricidad en su cuerpo lleva a que un olor indescriptible navegue por el olfato de los verdugos. Pronto han terminado, un silencio sepulcral usurpa la cabina y unas fervorosas ganas de beber una soda asaltan al psiquiatra.

Escena VI

Oye el chirriar de los pasos que se encaminan por los pasillos hacia algún lugar del sanatorio. Se despierta inmune de lo que ha pasado la mañana anterior. Por la rendija de la puerta se divisa el transitar de los cuerpos difuminados por una sombra alargada, que opaca la habitación de una leve lobreguez, y una imagen en su cabeza divaga sobre un follaje perturbador. Se limpia la saliva que se estira en sus labios y en su barbilla. Sorprendido, mira el alpiste regado en la baldosa y, centímetros adelante, el ave que le ha obsequiado su madre ha muerto en la jardinera. Sus plumas se desperdigán en las flores de las begonias que se corroen en las finas hojas de la planta. La jaula está vacía y el ave aún sigue muerto.

Los Gallinazos

1. La excavación

Desalentado, clavó la pica en la tierra y se detuvo exánime mientras apretaba la varenga con las falanges rocallosas.

—Ya no da la pica —aseveró entre dientes, mientras desperdigaba unas flores que yacían marchitas a un costado de la bóveda.

—Deben ser los muertos —y una mueca agria se ciñó en don Eusebio—. Pasó mucho tiempo hasta que nos decidimos a sacarlo y, desde ahí, cadáver olvidado, ipuro muerto el viejo!

—Ya vendrá aflojando de a pocos —susurró.

Melchor Gallinazo miraba confundido el bloque de cemento, porque de tanto en tanto unas frívolas ganas le hurgaban en la conciencia, las mismas que sentía don Eusebio cuando develaba el féretro del terrateniente hasta recibir su profusa recompensa. Se miraron fijamente; Melchor Gallinazo empuñó firme el mango de varenga y clavó su rústica herramienta de metal en la bóveda, hasta que sintió la trepidación de la pica en sus manos; aquel golpe fuerte trepó por sus brazos y, cuando se detuvo en su hombro, advirtió un dolor a clavícula desgoznada, a músculo tendido, rígido sobre el hueso.

Alzó la pica de nuevo y el temblor en las bóvedas, llevaba a que los floreros cayeran derruidos en el terrenal.

La oscuridad ennegreció los rastros afanados de la pica en la bóveda (que parecía de hierro), hubo un suspiro hondo de don Eusebio, que desfalleció intermitentemente.

—¡Ya no más Gallinazo! —dijo exhausto, como si hubiera domado a un potro brioso y babeante.

—Descansa Eusebio, que los Chicaíza ya no vendrán esta noche.

Murmuró un buen rato y, luego, los huequillos en las mejillas se le extendieron a lo largo. Don Eusebio declinó su hombro en una cruz de mármol y, mientras miraba la ansiedad más impúber de Melchor Gallinazo, sintió en silencio una honda tristeza que sucumbía en sus entrañas, y pensó luego, en la tristeza que habrían sentido sus antepasados. En sus ojos, detrás de ese rostro indígena que palidecía constantemente, percibió la rústica saliva que emanaba de su boca, cuando, en un segundo inesperado, y sin que nadie cuestionara su idea desesperada y reprochable, se tiró a la tierra: errante y herido.

—Será mejor que nos vamos —zanjó de nuevo—, pues el guarda debe estar por venir y los Chicaíza deben saber que estamos aquí.

—Ellos no vienen por estos lados.

—¿Y si llegan a pegarnos un susto al anochecer?

—¡No! —dijo de inmediato, mientras izaba la pica en el pecho y, luego, pensó meditabundo—: ¿Y si no es la bóveda?

—Echamos un vistazo mañana, Gallinazo —acezó.

Un lamento salió de sus labios, cuando se escuchó a lo lejos que abrían las rejillas del cementerio: pausadamente, quieto, casi como una caricia de un niño en la barba de su padre, y, luego, el sonido bramante del metal que se cerraba con brusquedad. De pronto, los pesados pasos resonaban en las baldosas y se acercaban tardíos a

la bóveda donde yacían los restos de Gallinazo. Un breve silencio hizo que Melchor Gallinazo oyera el bramar de las ramas vencidas por una ventisca sepulcral, y se quedaron inmóviles, mientras razonaban y oían como el juego de llaves se zarandeaba en el dedo del intruso, al mismo tiempo en que Eusebio se enfurruñaba en su memoria por la pérdida de tiempo, que le había tomado el descanso en el descampado cementerio.

2. El abuelo

El abuelo empezó a mirar la hora. La tarde, que mutaba en el cielo el color anaranjado de todos los veranos, fue desapareciendo sin dejar rastro. Al filo de la huerta, Marina, su esposa, desgranaba con su pulgar los guisantes, que iban cayendo en sórdidos traqueteos en la olla metálica. Los niños jugaban en las felpas de los muebles, con un par de carros que les había regalado su padre, y las mujeres, sus hijas, se preparaban para servir la merienda. Antes de cenar, el abuelo encendió un cigarrillo a la orilla de la hornilla y llamó a los niños, que no corrieron presurosos como él lo esperaba. Debajo de su sillón, donde guardaba toda clase de cartas (pequeñas orfebrerías despilfarradas con cremalleras y botones y cúmulos de lana que flotaban, cuando la desataba, como una veta de oro), sacó una de ellas, que parecía ser de su padre y que desde su infancia había leído con gran aprecio.

—¿No vas a probar la comida? —preguntó Marina con sorpresa.

El abuelo siempre se sentaba en la mesa cinco minutos antes que las señoras de la cocina sirvieran, pero esta vez no. Estaba ensimismado, como si algo le perturbara, para dejarle la sensación de una fragilidad en el estómago, provocando en que no probara bocado.

—¡Papá, la comida! —gritó la muchacha, para despabilarlo.

—Sí, sí; ya voy, hija —respondió, aunque sabía que no comería.

Se recostó muy despacio en el filo del asiento y repasó en la mente lo que su padre había escrito hacía muchos años.

Los gallinazos, dijo en su mente, en un silencio placentero.

3. Los gallinazos

Se levantó entre la multitud y proyectó el vozarrón rayado de su discurso de lija.

—Conocí al general, el señor Torres Moreno —afirmó exaltado, dentro del salón de los Chicaíza—. Aguerrido hombre, militante y político.

La gente aborrecía sus palabras como otros las aclamaban (el tumulto se enardecía con su fuerza de orador) y, en medio de la aciaga confusión de la gavilla, vociferó una mujer:

—Andan buscando al militar para matarlo —se torneaba de aquí para allá, pavoneándose alrededor de los sombreros de fieltro—. Puede que lo maten esta noche.

—¿Quién podría matarlo? —preguntaron desde atrás.

—Juan Gallinazo y sus hombres —sentenció.

—Lo van a matar en la plaza de mercar —arremetió otra voz, una voz de alguien un poco mayor—. Juan Gallinazo lo está esperando afuera.

Ella lo miró de pies a cabeza, meditabunda, con la misma congoja de quien ve cómo florecen las begonias en invierno, hasta que un alarido invadió la habitación. Montenegro terminó por vociferar la omnipotencia de Moreno y su partidario mandato. Luego, cuando se enteró de que el avasallador soldado campesino lo estaba esperando para matarlo, salió y se abrió paso entre la muchedumbre, sosegado con su pensamiento mortal.

Afuera, los hombres de Gallinazo lo esperaban a ca-

ballo, el piafar de las bestias se oía desde la plaza de mercar hasta el salón de los Chicaíza.

—¡Cuidado, Montenegro! —gritó una voz anciana desde el otro extremo del empedrado— ¡Te van a matar!

Eran las tres en punto cuando el militar salió con un mosquete redondeado sobre su enorme barriga, vestido como un húsar, con una guerrera bien acomodada en su pecho y una visera que le tapaba gran parte del rostro. El bigote grotesco de Montenegro sobresalía como un par de plumas de galembó. El miedo se le notaba en la forma de caminar; su semblante era inerte, frío, atesado por su orgullo de soldado de infantería. Los rumores pasaron al oído de Montenegro, pero la muerte de Gallinazo estaba próxima. Juan Gallinazo se bajó del caballo, amarró las riendas de la bestia y se acercó al militar. Los ojos de Juan centellaban fuego (dos brasas que ardían en sus pupilas dilatadas con la intención más próxima de matar a su enemigo).

—Otra vez por acá, Gallinazo —dijo el militar.

—Mátenlo, que lo maten de un tiro en la cabeza —gritó la gente.

—Vine a salvar mi honor de hombre —dijo con una voz entrecortada (de medio soprano, medio animal) venida de un leve soplido—. Mi honor de esposo y soldado.

Una arcada le vino a Montenegro. La vena de su frente se inflamó, hasta que un calor recorrió su cuerpo. Enmangó su espada y la sostuvo firme. Gallinazo se acercó lento, livianamente empapado de sudor, jadeante y serio, recordó la noche definitiva de su total pesadumbre; aquella noche, mecido entre el fango de las trochas largas de un invierno abrumador y el deseo del coito alucinado después de la guerra. Pero las lámparas de petróleo estaban apagadas y él entró, pues creía que su mujer estaría en duermevela, hasta cuando un gemido aniquiló ese insulso pensamiento que galopaba como un potro en su cabeza; Montenegro se alzaba en

el pecho de su mujer; ella, excitada por los rústicos movimientos de sus enormes muslos, apretaba fuerte sus largas uñas en la espalda cruda y firme del militar.

La ira se le adentró hasta el tuétano de los huesos; quiso sacar de sus ropas el arma, pero, antes de que pudieran desenvainarla, los hombres de Montenegro lo sujetaron de sus brazos.

—¡Cobarde, eres un cobarde! —gritó Gallinazo, mientras forcejeaba.

—¡Maldito! —gritaron los hombres de Gallinazo, en cuanto se encaminaron hacia él, fundidos de espanto.

—No, no vengan —dijo—; vienen armados hasta en los tuétanos. ¡No vengan!

Los hombres de Gallinazo se quedaron de pie, firmes, mientras miraban como Montenegro izaba su arma, con la que rebanó en una comba errante y sólida la garganta que se desprendía lenta. La cabeza quedó pendiente de un hilo, en tanto lo soltaron; cayó de rodillas, confundido entre la sangre y el horror de morir sin honor, humillado ante el militar.

La gente desapareció al instante en que rebanaron su cuello. De inmediato se tiraron al piso; Milcíades empezó la polvorera del frente y los otros la siguieron detrás de los árboles. Juan Gallinazo estaba agonizando, suspendido en el piso, pero, antes de que lanzara su última exhalación, Montenegro le reventó el cráneo de un solo disparo. Pedro siguió disparando las últimas municiones, mientras los otros recapturaban posición: “Nos van a joder los uniformados”, se decían confundidos. Los trece hombres que respaldaban al militar huyeron sorteando las ráfagas de fuego y otros tantos se desplomaron, heridos en el intento de defender al comandante.

Una ráfaga de lluvia desempolvó la tierra. La mujer, que temblaba, aferró fuertemente el brazo de su hermana y lo tapó con sus manos. En ella, el silencio era lento y manso, con la misma pesadumbre de los funerales; tal vez pensaba: “Van a armar la tropilla otra vez”.

Montenegro estaba ahí, herido; las balas habían rasgado su brazo y el flequillo de la camisa se manchaba en sangre. Alguien apartó el tumulto con disparos al aire; luego, cargaba nuevamente el arma con desasosiego y, mientras apuntaba firme a la sien del militar, susurró: “Montenegro”, y Montenegro cayó al piso, deteniéndose con las pocas fuerzas de su brazo, y, en un giro brusco y repentino, se tendió mientras babeaba coágulos de sangre que emergían violentos. Un comentario sustrajo la agonía despiadada entre la multitud; entonces, dijeron en alarma: “¡Es Felipe Gallinazo!”, y los otros respondieron: “No, no es Felipe. Felipe no lleva sombrero”. Apareció pleno, exultante entre la gente que lo veía con ojeriza y aversión. Cuando llegó al cadáver, lo escupió con rabia y osadía, y se perdió entre la muchedumbre.

Al poco rato, incorporaron lento el cuerpo de Juan Gallinazo y lo llevaron donde Otilio, aquel que maquillaba a muertos. Dentro de la casa, una de sus hijas lo despojó de sus vestiduras. La mujer de Gallinazo, perseguida por la familia Montenegro, que la buscaba para matarla, sacó un puñado de monedas de oro y otros artilugios de valor y, llorando, pidió que las ocultaran en el cuerpo de su esposo, donde nadie las pudiera encontrar.

Otilio no parpadeaba, ni siquiera se oía la inhalación que entraba cálida por sus fosas, ni el rústico jadeo de su garganta; se limitó a agarrar firme el cuchillo y abrir lento las entrañas de Gallinazo, para despojarlo de la carne miserable que había llevado consigo todos sus años, y para que quedase dentro ese manojito orfebre de bisuterías brillantes. Luego, los nervios le corrían por los brazos. “¿Qué puede sentir un hombre con tanto metal dentro? Pero si los muertos no sienten, Otilio”, se decía, en una confusión que le recorría como un hormiguero en su memoria. Cuando ni el más mínimo detalle se le pasó por la mente, cubrió el cuerpo con una manta, para que su esposa lo vistiera.

—Perdóname, Juan; perdóname por matarte. —dijo,

limpiándose las lágrimas. Luego, volvió la vista hacia la esposa de Otilio, mientras soltaba las falanges hasta dejarlas caer.

—Vete, muchacha, vete, que nadie se puede enterar de que estuviste aquí.

La vieron recogerse el cabello, caminar parsimoniosamente hacia el umbral de la puerta y marcharse acongojada. Justo después del golpeteo voraz en los marquillos, se quedaron mirando la turbidez de los labios de Gallinazo, su rostro amordazado y pálido y, en el fondo, la oscuridad que generaba un silencio arrollador. Pero, antes de que empezaran a arreglar la obra negra de su cadavérica carne, oyeron la estruendosa balacera y, al segundo, el grito serpenteado y redondo de la mujer que entraba lento por el oído de Otilio. La esposa de Otilio se tapó la boca con la camisa que detenía en sus manos, mientras interrumpía el sollozo que, pavoroso, le hacía temblar hasta los talones. Se quedaron inmóviles dentro de la habitación, que olía a cartuchos y magnolias. Y, afuera, el silencio de las ocho de la noche, manchado por el ruido de unas botas que resonaban contra las piedras y se acercaban fríamente al umbral de la puerta. Los ojos de Otilio se rayaron de un rojo cárdeno y en un suspiro bien torneado, zanjó resignado:

—Sigue vistiéndolo, mujer, que pronto vendrá la familia Montenegro a matarnos, también.

4. La gran decepción

Volvieron temprano. En la madrugada, cruzaron el rumor espeso de bambú y se treparon el uno encima del otro como una escalerilla humana por el alto muro. La luz de las lámparas del cementerio se entretejía con la neblina, para dejar que la oscuridad manara lento sobre las cruces hundidas en la tierra. Trepidaron un par de veces; cuando se vieron perdidos, recordaron aquella cruz de mármol inclinada frente a la bóveda del mili-

tar. El orificio que había abierto Melchor con sus manos se ensanchaba una cuarta más. Con un golpe seco y ruidoso partieron gran parte del concreto. De a pocos, desprendieron la parte frontal de la bóveda y ahí estaba, la madera roída, carbonizada por los años. Un temor inexorable cruzó las entrañas de Gallinazo y, luego, pensó: “A las siete vendrán los guardas y nos encontrarán aquí, escudriñando en los huesos de Juan, si es que se acuerdan de quién era Juan Gallinazo”. Desprendieron el ataúd lento y firme y, a medida que separaban la madera, se deshacía como un pedazo de carbón fundido. Cargaron el féretro empolvado y podrido y lo asentaron en la tierra, como si, en sus manos, un resto de mierda se hubiera untado hasta generar el hedor en su boca y lo contemplaron desorbitados: “La riqueza está untada de hediondeces”, pensaron. Luego, incrustaron la barra en una de sus rendijas y abrieron ansiosos el túmulo. El chirriar partió la atmósfera pesada. La calavera estaba ahí, destruida. Ese orificio extenuado y profundo que cruzaba el largor del cráneo, sorprendió a Melchor. Dentro de aquella caja encontraron el resquicio de un muerto vacío, tan vacío como el pensamiento desértico de Gallinazo, al enterarse de que los objetos que había mencionado su padre solo eran un par de piedras incrustadas en las costillas del difunto.

El asesino de Alissa Dupont

Alcide Berger estaba expuesto; sus ojos grandes enrojecidos y el sudor que bajaba lento de su frente hasta la comisura de sus labios hizo pensar al verdugo que no la había asesinado, que, tal vez, Alissa Dupont había sido muerta por su amante dos horas antes de que llegara su esposo o, quizá, habían entrado a robar sus pertenencias y ella resistió hasta recibir el disparo.

Pero Alcide Berger estaba atado de pies y manos, hincado en la plancha bascular de la guillotina, listo para el acto ceremonial de su muerte; el cepo le fastidiaba el cuello e inquietamente zigzagueaban sus brazos de lado a lado. Entre tanto, el verdugo, con crueldad, soltó sin apuros el lastre para que cayera la cuchilla.

—¡Un momento, yo la maté! —gritó alguien entre la muchedumbre, mientras miraba cómo la cabeza caía.

El grito

Estaba allí, de pie; el líquido caliente generaba un vapor que ascendía lento sobre los matorrales. El portal era un mirador encerrado entre dos árboles de eucalipto que se bandeaban de lado a lado en las ventiscas agosteñas y, a lo lejos, casi entre una nube añil, turbia, incorpórea, estaba el valle hacinado por una tro-pilla de quince reses; y, más adelante, justo debajo del abismado desfiladero donde se empalmaba mi figura, la carretera serpenteada y áspera.

Antes de que el sol asaltara el camino en destapa-da, se oyeron los cascos de los caballos que crispaban las piedras. La figura robusta del mercader se asomaba lentamente delante de los árboles y, más atrás, doña Rufina Morales con su yegua atiborrada de racimos de plátano.

El grito atravesó mi oído frío y punzante. La tomaron del cuello, como un verdugo para la horca, y la volcaron al suelo como una bestia lista para ser herrada. Eran un par de hombres yertos y fieros; sus figuras se ocultaban en los madroños que enceguecían sus cuerpos, y solo sus manos se movían hoscas por encima de las ramas. Entonces, pensaba en la muerte de don Clemente, pensaba en la balacera a las cuatro de la mañana frente a la tienda de don Cajigas, y los “auxilios” que se oían con lamento. Porque a don Clemente lo encontra-

ron empalado, con la misma tortuosidad de Vlad Tepes en su castillo rumano y, en las afueras de la vereda, su cuerpo roído entre una manada de galembos que le picoteaban los ojos.

Los hombres rodearon la mirada en la periferia de los montes, vigilantes, atentos.

—No viene nadie —dijo el más viejo.

Los otros dos acorralaban al esposo de Rufina, obligándola a tenderse en el piso.

—Quieto allí.

—¡Por el amor de Dios, no le hagan nada a mi mujer!

—Lo callaron de un golpe—. ¡Malditos!

—¡Quédese quieto, viejo marica!

Los hombres fueron desvistiéndolo.

—Mira si tiene algo de valor en los bolsillos.

—No tiene nada.

—Igual, se va a morir —dijo el que sostenía a doña Rufina.

Lo dejaron desnudo por un tiempo largo.

—Primero, le damos un balazo en la cabeza —indicó uno de ellos.

—¡Quieta anciana! —le dijeron, y doña Rufina empezó a mearse en los pantalones lentamente, hasta divisar en sus pies un charquito amarillento—: no se mee, anciana, que ya viene su turno.

—¡Malditos, no pueden hacernos esto!

—Quédese callado o lo matamos de golpe —dijeron.

—La vieja es mía —dijo el más viejo—, me gustan de mi edad. Me ponen como mula arreacha.

—Tienes mi permiso —dijo el comandante.

—Ah, pero la muy puta ya está vieja —sonrió con malicia.

Tendido en el pedregal, el esposo de doña Rufina lloraba como un niño. Desalentado, se quedó inmóvil, hasta que lo levantaron y lo arrodillaron. Rogaba que dejaran ir a su mujer, pero no hicieron caso a sus súplicas.

—¿En el corazón o en la cabeza?

—No lo maten, no hemos hecho nada —dijo doña Rufina.

—Con todo ese plátano y sus yeguas, bien hubieran podido pagar la vacuna, ¡vieja avariciosa!

—Agradezca que lo matamos antes de empalarlo, o ¡cómo quiere? —dijo el más viejo.

Sin permitirle responder, ya estaba en la tierra, sangrante, con los ojos atravesados y blanquecinos. Le abrieron de un tiro el ano y le incrustaron la punta, que iba cediendo hasta salir por su cuello. El palo se llenó de sangre y mierda hasta el extremo.

—Ahora entiérrenlo al filo de la vía, para que se acuerden de lo que podemos hacer si no pagan las vacunas.

A doña Rufina la dejaron desnuda a un costado de la carretera, mientras el más viejo se limpiaba con su blusa el prepucio embadurnado de semen.

—¿Qué tal el polvo de la anciana, viejo? —dijo el comandante.

Él, no respondió, mientras los otros rieron.

—Calla, no quiero que llames la atención del caserío que se mira en la montaña —dijo el comandante.

El caserío que se miraba a lo lejos estaba dispuesto ante las rocosas montañas y a la cascada, que partía por el centro a la aldea. En aquella región baldía, las bandas criminales impartían la ronda de fin de semana, y los pobladores, domados por los fusiles, asentían a la toma de impuesto. Pero estos señores, estos eran otros, no eran reconocidos ni por la población ni por las otras bandas que vivían de pueblo en pueblo.

—Nadie nos está mirando y, si nos miran, los matamos.

Tuve la sensación de ser visto por el viejo.

—Nos están mirando —dijo el más viejo—, estoy seguro de que nos están mirando.

—¡Lo dejó loco la anciana! —rieron en coro.

—Detrás de los abedules, allí, ¿si miran?

Echaron un vistazo a las ramas.

—Sí, es cierto —dijo uno de ellos con seriedad.

—¡Maldito! —y luego el murmullo amargo—. Este maldito nos estuvo mirando todo este tiempo.

Alzaron el brazo como si estuvieran señalando al ganado. Dispararon, el tiro en los abedules cruzó en un silbido fino que se iba perdiendo detrás de los eucaliptos; me quedé absorto. Y, al instante, otro disparo; doña Rufina había caído con la sien reventada sobre las zarzas.

El último polvo

La miré cerrar los ojos cuándo se percató que la observaba. Soñolienta, sacudió su cabello envuelto de un polvillo de carcoma que caía de la duela.

—Otra vez el polvo en tu cama —dijo, abriendo los ojos repentinamente.

Dejó a un lado las cobijas y se levantó arrastrando las sábanas. Desde la cama, miraba su curvada figura y sus senos firmes como la coraza de una ostra incrustada en las piedras. Se quiso peinar el cabello; utilizó sus falanges como peinilla por largo rato, mientras murmuraba frente al espejo como si estuviera hablando con su lánguido reflejo. Tarareaba finamente canciones de la Sonora Matancera, entre tanto se untaba de un polvillo dulce como el fruto del mango recién rebanado.

—Prende la radio, Joel —susurró.

Frente a la madera del escritorio, un libro se cayó en sus piernas, que estaban cruzadas; lo tomó con sus manos tersas, que no habían tocado el barro ni la grotesca corteza de los robles, porque cuando tocaba mi rostro con sus manos, que bajaban débilmente hasta la hendidura de mi mentón, sentía el bruñido delicado de su piel que alimentaba con loco frenesí mi rostro. Alcanzó a pasar las hojas lentamente; se detenía en las palabras menos visibles, parecía un niño que gozaba de los esbo-

zos animados en los libros infantiles.

De nuevo, redondeé su cuerpo con una mirada sagaz y salvaje.

—¿Qué miras? —pregunté.

Ella asintió con los ojos clavados en las minúsculas letras, que saltaban enseguida de cada verso.

—Figuras, signos, palabras. Joel.

La oscuridad se iba difuminando y retornaba en una gradación amarillenta, que, tal vez, mendigaba de las farolas de la calle hasta penetrar la cortina.

—¿Por qué esta vez pagas la noche? —dijo, mientras dejaba el libro cerca a la lámpara.

Cuando volvió a mí, se le podía ver el pezón aún más oscuro que su piel, aún más oscuro que el ocre color de las sábanas.

—¿Por qué te quedas callado? —inquirió de nuevo.

Un silencio acabado, resignado y suicida se aferró a la habitación, que olía a peces, a vinagre y a sal. Ella sabía que era extraño, que usualmente era una hora y que después salía al burdel a alquilar su cuerpo por la misma hora que me lo alquilaba a mí. Pero se quedaba cerniendo con palabras su rutina mal pagada, porque de vez en cuando no tirábamos, no zanjábamos el delirio hacia el placer, ya que de vez en cuando ella me acariciaba el pelo y me encendía los párpados con un beso delicado. Yo me acurrucaba en su monte de venus, que rasgaba lustrosamente mis mejillas, como un cosquilleo pálido y dócil.

—¿Tienes un cigarrillo? —dijo después.

Los acerqué a sus falanges, tomó uno, lo colocó en sus labios y lo apretó hasta hendir el filtro amarillento. Al instante lo prendió, para impregnar lentamente la habitación de un aglutinado olor a tabaco.

—Como se te ve la tristeza de fea, allí, en la punta de tu nariz —dijo riendo, mientras soltaba una bocanada de humo.

Los años habían sido cómplices de una indescrip-

tible voluntad de vernos cada fin de semana, de reencontrarnos, como una pareja de tigres que resuelven la disputa a punta de caricias salvajes. Alejandra, había presenciado desde su infancia los abusos sexuales y la prostitución; primero, su madre, la caderona que se meneaba de extremo a extremo aprehendiendo su cartera con la punta de sus dedos, y, luego, su prima, la que yo frecuentaba en el portal de su casa. Recordé que su prima tenía los senos firmes, las nalgas redondas, un rostro fino y suave, y era la mayor de todas sus hermanas. Nunca la besé y puedo saber que su lengua era dulce con el hecho de imaginar sus labios cuando se acercaban a mi cara. En otras ocasiones, miraba desde la puerta del fondo a la madre de Alejandra con una minifalda, que le tapaba la curvada línea de sus glúteos, y una blusa con el escote hasta el ombligo; el taconeo en vaivén con su cadera, me daba la osadía de tomarla por detrás, de tirar día y noche en la habitación contigua a la de su sobrina y, luego, salir perfumado y deseoso de poseerla por un instante más.

Nos miramos fijo, ella abrió los ojos que palidecían fríos y sorprendidos. Nos quedamos callados, hasta que el cigarro advirtió en sus dedos una quemazón y lo soltó repentinamente, para dejar las cenizas espolvoreadas en la baldosa.

—Después de qué mamá murió, los hombres nunca me habían tratado como me tratas tú —dijo, mientras soltaba la sábana de su cuerpo y venía despacio.

Las luces del lado derecho de la ventana oscurecían la parte íntima de su lado izquierdo. Cuando caminaba vacilando de lado a lado, se descubría el color rozagante de su piel, y yo gozaba de ese cuerpo híbrido entre animal racional y bestia erótica. Se plantaba en mis piernas y luego me besaba lentamente, entreverando su lengua, que saltaba como los peces fuera del río. Yo le decía que fuera por mí donde estuviera, en la infinidad del cielo raso o en el lecho de mi cama yerta e inerte.

—La muerte no vendrá, si estoy viva —dijo, y luego

añadió una frase, que había, tal vez, hojeado en algún lugar de la biblioteca—: te salvaré, si es preciso, con mi propia vida.

Cuando hablaba de esa forma, despacito, era como si oyera a los ángeles celestiales que anunciaban el placer en las sábanas por una fuerza suprema. Pensaba que, cuando el sol traspasara las persianas, yo solo palpara el colchón húmedo y vacío y que, tal vez, la muerte nunca llegaría. Sin embargo, ella seguía allí, desnuda, reposada en mi pecho, rozando los vellos de mis piernas con la palma de sus manos y, luego, se levantaba a encender ese aparatito rudimentario y antiguo.

—Mmmm... A Celio González —precisaba con su voz cruenta y taciturna. Luego, preguntaba confundida entre los long plays, que había desorganizado horas antes—: ¿Dónde está el disco de Celio González?

Yo le apunté con el índice, para decirle que estaba encima del tocadiscos. Cuando sonó, una congoja se paseó dentro y fuera de la habitación, ella tomó el ritmo con sus pies y empezó a musitar el bolero rapaz que ardía en el pecho con fuerte abatimiento.

—¿No me vas a decir qué te pasa, cariñito? —preguntó, mientras se mecía de lado a lado.

—Y... ¿Qué me puede pasar? Lo único que me puede pasar es que me enamore de ti.

—Enamorado de mí... ya estás.

—¿No sabes que me están persiguiendo? Me escriben cartas que dicen: ¡Cuidado y te metes con Alejandra! Pero yo, un hombre imbécil, que cede ante cualquier coquetería, no le tiene miedo ni al más peligroso de los hampones.

Alejandra se quedó estupefacta en el umbral de la puerta.

—¿Qué estás diciendo? —dijo, y abrió la ventana y miró por todos lados. Tiró el cigarrillo y dijo de nuevo:

—¿Qué estás diciendo? ¿No ves que te pueden matar?, iloco!

Yo estaba inquieto en la habitación; la realidad cayó como una bola de hierro en el cemento. Me di cuenta de que no estaba conmigo cuando auguró que era un maldito loco.

Pero, seguía mirándola como si estuviese a mi lado. Alejandra era una sinfonía perfecta, bien elaborada; una sinfonía dulce y fina que no se puede percibir con el tacto o a simple vista, que no se puede saborear, pero que algo permanece inmanente, un fuego engeguedador o un yo no sé qué. Así era Alejandra. Ella estaba en mi cabeza como una locura irremediable. La podía oler o tocar, sentir sus palabras o besar.

—Vete, que te pueden matar —dijo.

Por mucho tiempo pensé que ella era la loca, pero no, el loco soy yo, y nadie me iba a matar.

Por un momento me quedó mirando con los ojos bien abiertos, dulces y serenos, como cuando la conocí. Se volvió a menear para tratar de olvidar lo que le había dicho. Yo, de cuando en cuando, le decía al oído que eso era mentira y caía en sus senos para perfumarme con su olor exótico, su frescura, su líquida mirada que se segregaba hacia mí y me consagraba al desenfreno y la locura.

Ella encendió un cigarro, y otro cigarro. Fumamos esa madrugada y nos besamos entre el alborozo de la calle, las muchedumbres de las discotecas y las llantas de los carros que dejaban un leve olor a quemadura. Ella seguía besándome. Pronto, las farolas se apagarían, para quedar en un silencio inerme como el fragor de una batalla que hubiera culminado.

Después de hacer el amor, se levantó como si no hubiera pasado nada y, con más tranquilidad, se puso de espaldas a mirar ensimismada la ventana que daba a la calle.

—Eres un loco, ¿no te has dado cuenta? Si estás conmigo, te vas a meter en problemas.

Yo me hacía el que dormía, cerraba los ojos cuando ella hablaba y, cuando ella callaba, los volvía a abrir para

saber el punto exacto donde esta vez se ubicaba.

—Cariño, yo ya sé quién te está buscando y, si no te matan hoy, te matarán mañana... o, bueno, algún día, y, si no te matan ellos, te voy a matar yo..., pero de amor.

—No me importa si me matan o no.

—¿Por eso estabas tan triste, mi pichoncito, por la muerte?

—No, porque no soy el único.

—Tú eres mi único —dijo, mientras se recogía el pelo para, después, volver a mi pecho y darme un beso—. No tengas miedo, que ahora yo estoy contigo.

Se levantó de nuevo y dejó los libros dispersos en la cajonera. El olor a tabaco me llevó a comprender que era nocturna y vampiresa. Que la magia de su ser, que despedía con lentitud a medida que tocaba algo, a medida que gesticulaba con su sonrisa: sensaciones sosegadas de quietud y finura, no era de azares prematuros, sino que surgía desde adentro y solo la agudeza de mis oídos se percataba de su aura sedienta y hechicera.

—Tengo que irme, cariñito, porque ya vienen por mí.

Se vistió deprisa; reí, porque sabía que mi muerte estaba próxima. Los discos, las flores, los versos de Bousoño que había utilizado para enamorarla, no habían servido para nada. Ahora que lo pienso bien, todo se fue al traste, la austeridad de mi vida fue una constante lucha por lo imposible, por anhelar la banalidad del mundo, que no me pertenecía.

Y ella se vestía como si nada pasara, y yo aquí casi fulminado, no entre las balas, sino por esa mirada sometedor y lúcida con la que me decía palabras tan dolorosas como mi propia carne.

—Pichoncito, te quiero y perdóname por ser tan mala contigo.

Salió con el vestido apretado con el que había llegado, mientras dejaba su ropa interior en la alfombra y su abrigo de pieles baratas al filo de la cama.

La aguja había quedado alzada y el tocadiscos giraba

suavemente; hubiera querido encintar de nuevo la canción de Celio González, porque había estado solo y caído por la eyaculación femenina que había dejado un rastro oloroso como el acíbar de las garzas en el océano. Pero no, nada podía ser tan placentero como escuchar lo que me estaba pasando ahora, sabía que iban a llagar por mí.

Después del golpeteo voraz de la puerta entró Alejandra para recoger su abrigo.

—Olvidé mi abrigo y lo siento otra vez, mi pichoncito. —dijo sonriendo, mientras el hombre que la rodeaba, sin previo aviso, tocó el gatillo y disparó.

Cronología de un animal*

*(...) un día después de la guerra
sí hay guerra
si después de la guerra hay un día
si después de la guerra hay amor
y si hay con qué hacer el amor.”*

Jotamario Arbeláez, Un día después de la guerra

*

Caí en un sueño profundo y apesadumbrado, hasta que el estornudo de la maestra me despertó de golpe. Anonadado, miré de lejos a Sebastián Fajardo; el bravucón de segundo grado me había robado con agilidad 200 pesos que dejé para el refresco del mediodía. Sabía que me metería en problemas cuando sus ojos penetren con ferocidad mis ojos y una llama enceguecedora destellen de ellos para tornar imposible verle la cara de niño marginado. Calculé que mi madre le estaría sirviendo el almuerzo a su esposo y que mi abuela hubiera protestado no pasar por mí ese martes.

Entrado el mediodía de septiembre, el calor se esfumaba entre una brizna pasajera, que pronunciaría para luego un cimarrón de lloviznas al terminar el ocaso. Tenía la tarea de cruzar el bárbaro camino en destapada (dos cuadras empinadas de un cascote filoso), pasar con suma rapidez la plaza de mercar, donde los borrachos tomaban ron barato y piropeaban con obscenidad a las colegialas y, por si fuera poco, meaban sobre las aceras

* *Este relato forma parte de la revista Arte, filosofía, literatura y conflictos sociales 2021.*

con su orina amarillenta de alcohólicos seniles. Pero, al pasar el Instituto, un tumulto se conglomeraba en la tienda de doña Rosario. Recuerdo que doña Rosario tenía un televisor de cola de catorce pulgadas. Ahí, en el aparatico, los hombres miraban perplejos cómo se desplomaba lentamente la torre norte del World Trade Center; al instante una bocanada de humo se elevaba doscientos metros y, después, la impactante fotografía de un joven que se lanzaba al abismo. El chillido de las sirenas en las calles empolvadas de New York raptaba el incesante día de bochorno mañanero. Miré repetidas veces la escena, que parecía ficticia, y escuché el grito agudo y serpenteado de una muchacha que dejaba pasmada su bolso en la vitrina, y el bostezo pesado del carpintero, que fumaba viciado un cigarrillo en el marquillo de la puerta. Al poco rato, Rosario, con brusquedad, cerró las cortinas metálicas. En su escuálido cuerpo de anciana estaba el miedo y el hambre del mediodía. La noticia de antes no generó estupor, la congresista secuestrada no parecía ser noticia de gran atractivo, la guerra en Colombia se había naturalizado de tal forma que la sangre derramada por las aceras de las calles sucumbía con la misma igualdad de las aguas de una fuerte llovizna, que resbalaba por las cunetas de las avenidas. En cambio, las torres silenciaron al mundo debido al horror y la barbarie.

Yo me quedé en mutismo; salí cuando las nubes negruzcas ocuparon el ancho del cielo y los borrachos seniles habían dejado de beber.

* *

Aquella noche, el día en que Reyes murió, Roberto llegó dando tumbos. Hacía nueve años que había salido del Ejército Nacional por convicción propia.

—No tenga miedo, pelado —me decía, mientras clavaba con brusquedad sus falanges, que dejaban en mi

brazo la mancha anaranjada del apretón, como si tuviera en la memoria, en una constante perturbación: las ciénegas del Putumayo—. ¡Yo fui al ejército y, si aprieto duro, es porque la guerra me lo enseñó así! Vaya usted a saber qué es la guerra, pelado.

Mi tía le sirvió la cena, hasta que, con un ademán, la retiró. Éramos seis en la mesa, pero, poco después, cuando empezó a navegar por aquellas historias lúgubres que vivió en la montaña, solamente quedamos yo y mi abuela.

—M' hijo... —repetía, mientras tragaba con rapidez la saliva que le brotaba de la boca.

—¡Otra vez no, Roberto! —dijo mi abuela desde el fondo.

—M' hijo... ¡Yo fui a la guerra, carajo!, y en la guerra mataron a Carlos en la selva, y a mí, que me cambió la vida, isabe Dios cómo! —Dijo, y golpeó la mesa fuerte, hasta que, en un brinco, el plato cayó en mis pies y, con paciencia, tuvo que recogerlo.

—Déjalo ahí, que te vas a cortar, Roberto —dijo mi abuela, en son de protesta.

—Perdón, mamá —murmuró, mientras agachaba la cabeza y procuraba contener las lágrimas que habían brotado con lentitud—. La selva es jodida, m' hijo. Caminábamos por semanas sin lograr un descanso, hasta que nos atacaron desde las montañas, ráfaga va, ráfaga viene y uno jodido en el suelo húmedo, con los huevos temblando. En una de esas, el Carlos cae herido. ¡Es que yo sí viví, sabe Dios, qué cosas con él! “No me dejes morir negro, que vos ya sabés que le tengo miedo a la muerte; la he soñado tantas veces, compadre”, me decía, y yo solo apretaba el culo, porque me quería cagar del susto.

En la radio, la interpretación de Camilo Sesto, en la noche de plancha, traía un hálito de nostalgia, pues la escena turbulenta me lanzaba con ferocidad a la congoja de mi tío. Así, el hombre regresaba con unos ojos lacri-

mosos y enrojados, y su voz, entre arcadas, matizaba la miseria de un soldado abatido y destruido.

—Esa sangre, esa sangre fría —decía, mientras escupía una baba tibia que caía en el suelo—, y yo le sostenía la herida con mis manos, y me seguía repitiendo: “Compadre, no me dejes morir, imierda, me voy a morir!”, hasta que se calló, y yo me tiré al suelo a cubrirlo con algo. Al poco rato, mi teniente me dijo: “¡Párate, soldado marica!”, y seguí tirando plomo. La selva es dura, pelado y, un niño como vos ¿qué vas a saber de la guerra?

Mi abuela llegó con otro plato y lo puso en la mesa; en la radio se oía al locutor que decía: “Esto es miiiiii-iiiiix romántica, para todos los gustos de la música romántica; la siguiente canción es de José Luis Perales, Me llamas”. El tío tomó la primera cucharada de arroz que se desvanecía hasta llegar a su boca; luego, engullendo con torpeza, tragó con premura, hasta quedarse callado en el filo de la mesa, mientras las cucarachas rodeaban con rapidez el pan.

*
* *

Nos metieron al salón de cine que daba frente a la cafetería, donde el olor a huevo duro se mezclaba con la grasa de cerdo, y un sofocado olor a cebolla nos atrapaba en nuestro escondrijo de nueve a-eme. El profesor de Sociales llevaba la radio pegada a sus oídos. Unos ojos brotados de cóndor andino se estrechaban en su nariz, y su cabeza calva, límpida y brillante, se reflejaba en nosotros: los rostros de estupor. Quizá su rostro macilento expresaba tristeza y su voz con tibieza lo respaldaba. Pero estaba impávido, inmóvil, a punto de explotar en un alarido.

Alzaba larga la antena, hasta que la señal llegaba nítida: “Radio Nacional de Colombia”, se oía a ecos agigantados que retumbaban con rapidez. De pronto, y sin que

nadie se fijara, ya estaba de pie al frente de la pantalla del televisor de cola.

—Mi hermano era uno de esos altos soldados, sin miedo, con vigor, ipeliaringo como él mismo! —dijo, soltando una risita—, pero el negro Rufino lo acompañaba siempre, se sentaba junto a la alambrada, apretaba el cigarrillo en su boca: quieto, firme, como la postura militar que le había enseñado su patria en tiempo de guerra, inhalaba por unos segundos y, en una exhalación, botaba el caliente humo que salía en bocanadas anchas.

—La selva es dura, compadre; por acá la comida escasea, pero te mata la soledad, iesa sí que's brava! —decía— Si te pudiera contar mi vida de joven... Venga, muchacho, te lo voy a contar.

Chupaba prolijamente su cigarrillo en tanto acomodaba el fusil con la culata en el pecho.

—Yo sí que era bueno pa' la pelea —decía el negro—; agarraba fuerte el puño y... ¿Sabes lo que pasaba cuando se lo mandaba a la cara?, izas!, su mamonazo, le quebraba las muelas, y yo me meneaba de aquí p' allá esperando a que bajara la guardia; cuando la bajaba, no dudaba en arrinconarlo contra las paredes... ¡Bum, bum!, al suelo, como un saco de huesos.

Torres, el compañero de mi hermano, alargó su brazo por uno de los huequillos de la malla. Y él hizo un gesto de compadecido. En tanto se inclinaba a dar candela, los ojos se le habían hundido, la cara languidecía cuando el negro Rufino aspiraba lento del cigarrillo y una lumbre ínfima le incendiaba su figura. Rufino lo miró con los ojos perdidos, la noche se resbalaba como un pedazo de manteca en los trastos zumbos del cambuche. Tal vez, cuando lo miró así, detenidamente, tropezando en los trazos maltratados del cuerpo de Torres, desistió de su cargo de superioridad.

—Muchacho, ¿sabes lo que cuesta un cigarrillo en la selva? —inquirió con sus labios gruesos de raza more-

na. Pero antes de que Torres le pudiera contestar, Rufino asintió con la cabeza:

—Fuma, muchacho, que esto aquí sí es duro.

El negro había llegado con sus botas pantaneras impregnadas de un barro húmedo que emitía un olor a almendras podridas, un camuflado mojado por las ciénegas de la selva y el fusil enchapado en sus hombros, envuelto de unas lianas cimbreantes y unas hojas de carijó le adornaban el pecho. A lo largo del alambrado, ellos miraban su figura grotesca y rancia.

—Ah, pero sí que me tocaban templeaos: un golpe, dos golpes, y nada; sí que sudábamos, nos sacábamos la camiseta y nos seguíamos trompeando, y dale que dale, él esquivaba uno y de cuando en cuando me pegaba en la boca, y yo me ponía a sangrar, hasta que yo le decía: “Dale, negro, me ganaste; regáleme agua, que me muero de sed, compadre.”

De pronto, el sonido violento y quebradizo en la arboleada alertó al teniente.

—¡Abajo, abajo! —susurró Rufino, que empuñaba firmemente el fusil.

El ruido se quebrantó de inmediato, y los hombres se arrastraban por encima de la hierba, cubiertos de miedo. En segundos, llegó Gutiérrez Serrano empapado de una neblina que le oscurecía el cuerpo; a medida que se acercaba, sus brillantes ojos de Camú destellaban una lumbre aciaga.

—Se vino la tropa por la cordillera —dijo el informante; su voz se desvanecía débilmente entre cada palabra—. Son como treinta —afirmó.

Los disparos desde las montañas tronaron al compás de los chillidos de los mandriles. Se apartaron hasta la esquina del alambrado. Gutiérrez sé echó al piso con uno de sus hombres. Disparaban al cielo encapotado de nubes reacias que ocultaban la montaña en la lejanía, hasta que en un pánfilo de segundo miraron al negro abatido entre las sombras de los árboles y la luz de la

luna; su cadáver reposaba cubierto por el espesor de la hierba.

Luego, el profesor dio un paseo de lado a lado por el salón y dijo:

—Es que en el ochenta iqué mano de muertos!

Suspiró de repente, hasta caer en un profundo ensimismamiento, y alejó de continuo la radio de su cabeza.

* *
* *

Cuando vio la camisilla de Ezequiel manchada de un verde oscuro, como el camuflado militar, recordó paranoico su estancia en el cuartel. Había estado con el teniente Manrique y el cabo primero Caicedo internados en la selva del Putumayo. Caminaban por días sin descanso, mientras que unas ampollas enormes se veían en gran parte de la ranura de sus dedos, y una supuración aguachenta destilaba de las plantas de sus pies. A Miguel le hacían cargar la radio y el fusil del teniente Manrique. Eran tortuosas las caminatas por los espines, que cruzaban de par en par la trocha mediana y arisca. La fiereza del peso en sus espaldas lo llevaba a desplomarse en la tierra, pero a la enésima caída dejó a un lado el camuflado, el fusil y la maleta.

—Este ya no se paró —murmuraron detrás.

Se quedó recostado en las hierbas de carijó por largo rato, hasta que el teniente, de una patada, lo levantó con rapidez del suelo.

—¡Soldado, de pie! —ordenó embravecido y, luego, prosiguió—: aquí se viene a comer mierda.

Miguel apretó su puño y agarró la hojarasca que se había extendido en el piso selvático.

—¿Usted quiere comer mierda, teniente? —Luego, giró su cabeza hacia donde estaba el cabo Caicedo y preguntó— ¿Y usted, mi cabo?

En un rato, los soldados miraron los rostros de los

mayores, desolados, inquietos.

—Entonces, ¿me quiere retar, soldado marica? —replicó el teniente.

Enfurecido, tiró el fusil y la gorra en la tierra. Los reclutas empezaron a recoger las heces de los primates que se encontraban entre las lianas y el follaje de los árboles, y las dispusieron, envueltas en unas hojas, junto a Miguel y al teniente.

—Cómaselas, soldado —dijo, desafiante.

Miguel miró las heces, se alejó, y las ojeó nuevamente.

—Si me las como, ¿usted carga mi fusil y mi maleta, teniente?

—Como mande, soldado —respondió el teniente.

Una cínica sonrisa le atravesó sus mejillas. Miguel tomó una porción de mierda, la llevó a su boca y la engulló con lentitud. Al cabo primero se le vino un vómito violento que expulsó de inmediato entre los matorrales. El teniente quedó pasmado; unos impávidos ojos se proyectaban en el rostro del que habría sido un soldado veterano de guerra; nunca había visto que comieran un puñado de heces con tanta decisión. El teniente empezó a sufrir una humillación lenta y silenciosa, pues tendría que cargar el fusil del soldado por la larga trocha de los juglares. Miguel escupió una baba espesa de su boca, se enjuagó con agua de la cantimplora y, luego, ordenó, asqueado:

—Cargue mi fusil y mi maleta... ¡Soldado!

El teniente, en un arrebató exasperado, le apuntó con el fusil:

—¿Me cree un pendejo, Ortega? —preguntó.

Miguel sacó de su camuflado un cuchillo y se lanzó hasta incrustárselo en las vísceras. Tres disparos salieron del fusil, pero el teniente ya estaba herido en la humedad de la selva.



Detrás del caballete que cubría el tejado verdín, y la natural lucerna que había provocado la lluvia de marzo, estaba aquillada la montaña por la cascada de donde desembocaba el rugiente sonido de las aguas. Más atrás, como si el viento hubiera perforado de un balazo la caligine pesada, estaban colgados de extremo a extremo los cables de la luz de un poblado lejano. Contempló ferviente la brisa pasajera que silbaba en sus oídos y, luego, solo entonces, cuando el traqueteo del hacha destrozó la madera al lado de la tulpa, despertó para separar su espalda del mueble. Sus escuálidos ojos vieron cómo de la cocina asomaba Elena, se acercaba lentamente cruzando el patiecito de la casa, arrastrando ella, de lado a lado, su ostentosa figura en el empedrado.

—Es lo último —dijo, mientras sostenía en sus manos unas papas y un puñado de arroz—. Aníbal, ¿qué vamos a hacer? Es lo último.

—Prepare las papas para el caldo, y el arroz déjelo para la cena —dijo, mientras aplastaba ligeramente sus codos en el posabrazos.

—¿Y mañana?, ¿y cuándo la comida se acabe?, y los perros, ¿qué van a comer?, ¿qué vamos a hacer?

El primer perro ladraba con fuerza y los otros dos aullaban levantando el hocico hasta mirar la cumbreira. Las arruguitas de Elena, cuando se ponía triste, aparecían con abundancia en su rostro. Desde que la cuarenta comenzó, y el paro avasalló las calles y el gobierno se silenció, no había nada que comer y la miseria era la migaja de cada día.

—Pero, desde Guillermo Valencia en el 65, el día en que nací, hasta hoy, somos pobres, Elena, y véame aquí, de embolador —dijo, mientras tomaba una cucharada de caldo—. Los policías me sacaron del parque, por

esos lados ya no se puede trabajar —asintió tristemente y dejó la cuchara en la mesa.

Esa noche durmieron con los estómagos llenos. En la habitación, el silencio galopaba como un potro por las inmediaciones de las paredes y los zancudos chupaban la sangre. Elena daba una palmada al aire para asustarlos, pero rodeaban veloces la habitación. Entre tanto, Aníbal giró su cuerpo para quedar frente a la mesita de noche, donde guardaba fotografías de su mujer, reliquias de su familia y algunas cartas que había recibido de su padre cuando estuvo en el ejército. El viento, que entraba por la rendija de la puerta, llevó a que cayeran algunas hojas sueltas de unos periódicos que había dejado en la mesa. A la mañana siguiente, arrancó el reloj de su muñeca.

—Voy a vender el reloj, Elena —dijo, mientras lo giraba y miraba con minuciosidad las baratijas que se incrustaban en el minuterero—. Míralo, aún tiene buena apariencia..., quizás me den cien mil pesos.

—Pero si es un regalo de tu padre, ¡que en paz descanse!

—Yo sé cómo hago mis cosas, Elena —sentenció.

Eran las once cuando cruzó los helechos que colgaban en los postes de madera; desde el empobrecido dintel, lo miraba su esposa con el delantal achiotado y las manos cruzadas.

Sabía que las calles estaban repletas y anteriormente baldías. El oleado estallido del tráfico era el frío y arrollador funeral del silencio; ahora, todo marchaba en insistentes manifestaciones. En la ciudad, reprimen a los manifestantes; la policía se había ido contra del pueblo que le daba de comer y la ciudad se hallaba militarizada por orden del régimen.

Caminó lento; en la droguería oyó murmuraciones que a duras penas pudo descifrar: “Esto se va a joder, Gustavo; imira cuántos muertos!” Tras caminar un par de metros, la voz femenina se había esfumado ligeramente.

En las ventanas de la casa de Plinio, se veía la oscurecida figura de su sala; parecía que Plinio se entumecía en su alcoba con los pulmones rebosantes de humo de tabaco; parecía que a Plinio lo mecieran con su cadavérico rostro que el alcohol le había dejado a sus setenta años; parecía que en la casa de Plinio ya no reinaba señorial el bullicio ni la rumba, sino la desértica imagen que develaba sus cortinas abiertas, la sola imagen vaga y no correspondida de lo que había sido y ya no sería. “Estará muerto”, pensó, sin apartar la vista de la casa, que lo llamaba para que contemplara su esquelética arquitectura. Pensó ahora en la casa de empeño: “¿Marquitos estará en la casa?”, se preguntó. Escuchó ostensible el al-dabón de la puerta, pero ni Marquitos ni Plinio estaban. Cuando llegó a la calle donde compraban todo tipo de joyerías, vio de reojo un tumulto de gente que peleaba en el supermercado y a un borracho que se tambaleaba de aquí para allá con una botella de alcohol.

El comprador miró el reloj y lo examinó con minuciosidad. Ubicó una gran lupa frente a su ojo izquierdo y, luego, lo levantó contra la luz de la ventana. Al mismo tiempo en que se quitó el lente de su ojo, dijo:

—Lo siento, señor, este reloj no vale ni un centavo.

En ese instante sintió el sonido quejumbroso del al-dabón en la puerta vecina; salió de la tienda y se maldijo una y otra vez, hasta que, en un raptó de coraje, tiró el reloj por el sumidero de la alcantarilla.

—¡Mierda! —exclamó en medio de la nada, mientras veía cómo el reloj desaparecía.

El lindero de los indios

El sol rayaba su sien; Pedro Ramírez redondeó con la mirada el Lindero de los Indios; supo que Ester estaba por otros surcos cuando divisó el oscilar de las hojas en la colina y se dijo: “Ester es más rápida”. Se quitó la gorra y abanicó su cara con amplias sacudidas que apaciguaban el bochorno; luego, pensó: “Pronto serán las tres”.

El patrón llegó con sombrero de paja y botas pantaneras y gritó malgeniado: “¡A ver, a meterle, que ya vienen las mulas!”. El sol seguía calentando y ni una mancha aparecía en el cielo. Miró el cocado precario de café, quitó las hojarascas que se entreveraban en el fruto menguadamente marchito; el patrón vació lo recolectado en costales y cargó las mulas: “Ocho mil el jornal, porque la producción está baja”, dijo vaciamente. “Los tiempos están malos”, agregó, mientras sacudía el sombrero de paja para, luego, hormarlo en la testa.

Primero despidieron a los Jiménez, que cayeron por la crisis económica que atravesaba el país, por lo que se marcharon a trabajar a los cultivos cocaleros; luego, Pedro Bolívar y, por último, los Ramírez.

“Claro está que hay que dejar la producción cafetera y dedicarse a otras cosas, Ramírez, como montar un laboratorio de coca o qué sé yo”. Sonrió pícaramente,

dejando al descubierto su dentadura amarillenta. Pedro Ramírez miraba maquinalmente la mano del patrón que se bamboleaba detrás de los artilugios de valor: un crisantemo en plata dentro de un jarrón de cristal y, al fondo, junto a la puerta que daba a un gran pastizal con anémonas extendidas a lo largo, retratos en marcos de unas piedras brillantes que parpadeaban con la llegada de los rayos de sol.

En los tórridos veranos, el patrón dejaba la finca sola, por unos días y destinaba su tiempo a los laboratorios. Entonces, Ramírez pensó: “Los niños todas las noches piden comida; no es tiempo para pensar lo que está bien, Pedro”.

Llegada la noche, una noche sumida entre el bochorno veraniego y el claro plateado de la luna que asomaba en las montañas, Pedro, entró por los cercos que contendían de lado a lado con las menudas plantaciones del plátano. Las plantaciones, que le escamoteaban el cráneo, se enredaban en sus cabellos. Para llegar a la casa del patrón debía de pasar los horquillados senderos, atravesar el sembrío de café y el riachuelo, que por esos tiempos era solo un débil caudal que apenas mojaba los pies. “No hay nadie”, se dijo, cuando miró, solo apenas, la silueta de una casa encerrada en la oscuridad. La puerta estaba sin cerrojo; eso era raro, porque el patrón acostumbraba a dejar las cosas guardadas, pero no les hizo caso a las cerraduras y entró con delicadeza y, sin hacer el menor ruido, cerró la puerta, y se oyó solo entonces el crack de la chapa (un sonido fuerte de hierro y chatarra que ahondaba en el oído una brutal desazón). “¡Me pillaron!”, pensó, y se quedó quieto un segundo, meditabundo, mientras reflexionaba que la casa no tenía mayordomo, ni nadie que la salvara, por lo que se tranquilizó rápidamente.

El crisantemo de plata estaba a la vista; apenas cruzó el umbral de la puerta, divisó el precioso metal que lo incitaba a hurtarlo. Apenas lo tuvo en sus manos, sintió

un escalofrío que serpenteaba por su espalda y llegaba sin razón alguna hasta la punta de sus talones, para, luego, retornar clandestinamente al punto de inicio.

De inmediato, metió el crisantemo en el morral, hasta cuando afuera sintió el estruendo que circulaba por los corredizos, como si el viento hubiera movido las hojas de zinc. Se quedó estupefacto; sus manos apenas podían distinguir el material roñoso y, sin que su cuerpo reaccionara, oyó el murmullo de dos hombres que caminaban por las ramas del Lindero de los Indios. “Menos mal que el patrón no viene por estos días”, oyó desde lejos, hasta que las voces que se acercaban se detuvieron en el patio trasero. Pedro abrió cuidadosamente la puerta. Ansioso por salir, no se percató del brusco sonido de las cerraduras; entonces, una voz masculina preguntó: “¿Hay alguien aquí?”, y el otro contestó: “Imposible”; la primera dijo nuevamente: “Te lo juro que oí que abrían una puerta”.

Cuando entonces la silueta de Pedro se deslizaba entre las ramas y se adentraba hasta perderse en la oscuridad, “Allí está”, dijeron por detrás y, luego, dispararon. “¡Es él, es el maldito de Pedro Ramírez; lo conozco por su gorra!” Y, después, otro disparo le silbó en el oído. Pedro estaba quieto, metido en los juncos, con la cabeza gacha. “Pedro, sabemos que eres tú; si no sales, vamos a matar a tus hijos”. Sabía que eran capaces de matar a sangre fría. Cuando ahora oyó sus voces, se le pasó por la cabeza los nombres de Beto, Arnoldo, Omar Pérez, pero cuando dijo: “vamos a matar a tus hijos”, sabía que era Omar Pérez por la forma de pronunciar la “ere”. Y se dijo en voz baja: “me van a matar a mí y a mis hijos”.

Con los ojos entrecerrados y las manos arriba, salió de entre los juncos, mientras decía: “no me hagan nada”. Los dos hombres se acercaron, lentos; Pedro Ramírez percibió el movimiento de sus pasos en las ramas y, luego, el sonido de las botas, que parecían empantanadas. Le apuntaron con sus armas y dispararon. Poco después,

Pedro quedó tendido en la tierra, entonces Omar Pérez le bajó los párpados y dijo: “Si no te hubiéramos matado, ya le hubieras ido con cuentos al patrón” y, una vez se levantó fríamente para contemplar de cerca el cadáver, al fin, dijo, con orgullo: “Vámonos, Beto, que hay que darle la noticia a Teresa y, cuando vuelva, decirle al patrón que matamos a Pedro Ramírez”.

En las tumbas*

Supe que era José por el alarido que daba al reírse. Cada vez que soltaba su risa maquiavélica, una vibración perturbadora y memorial agitaba mis oídos y un gélido temblor bajaba por mi espalda hasta disiparse al final de mi espinazo. Sin embargo, el ruido amargo que lanzaba de su boca servía para espantar a los fantasmas que moraban en una miserable agonía en las tumbas del cementerio.

—Allá vienen, vienen los dos juntos, pero... solo se miran sus siluetas.

—¿Miras? —dije—, traen una botella de aguardiente.

—Sí, es cierto. —Álvaro prendió un cigarrillo, metió su mano en el estrecho bolsillo de sus pantalones para dejar sumida la fosforera en sus piernas—. Capullo, ¿no los ves?, vienen dando tumbos.

Me quedé en silencio mirando las formas de sus cuerpos, escuálidas y fofas. Cruzaron la primera farola que apenas daba una minúscula lumbre amarilla y que, al entrar al espacio de luz, sus sombras se alargaban y achicaban para luego desaparecer en la siguiente farola dañada, en la que solo rondaba la nocturnidad en el ancho cielo nublado.

—Ahora desaparecieron; imalditos miedosos!, segu-

* Este texto forma parte de la revista *Awasca*, No. 34-35.

ro que es José el que se dio por vencido a la primera.

—¿No miras?, ¿no te das cuenta?, no hay farola, no hay luz —dije.

—¿Pero, no escuchas? —dijo.

Luego, dio media vuelta y dejó el cigarrillo en la carretera.

—Sí —dije—, pero solo es el sonido de las hojarascas o el crujir de los robles.

—¿No hueles?

Un olor añejo plagaba mis fosas hasta padecer una arcada espesa y molesta, que fraguaba en mi garganta con intenciones de salir. El olor procedía de las tumbas que habían destapado la tarde de sábado. El párroco había ordenado desocupar las antiguas bóvedas que se habían derruido al fondo del cementerio, para remodelarlas y construir una hilera encima que daría sitio para un centenar de cadáveres.

—Allí están de nuevo —dijo Álvaro.

Aparecieron delante de las sombras en un austero silencio. Javier tenía las pupilas desorbitadas, encendidas, excitadas. Y, luego, dijo, con una seriedad férrea:

—¿Ya están listos? Don Sergio Sepúlveda dijo que se pondría caliente esta noche, o ¿se van a ahuevar?

José, del otro lado, sostenía la botella hasta reposarla en el filo de las gradas del Royal. Se recostó por poco rato en las paredes polvorientas. Las plantas de bambú que se acostaban en el techo de la casa daban el amable aspecto de las residencias rupestres, que se asomaba en la montaña, a cinco kilómetros de Sandoná.

—Me imagino que están espionando a las parejitas que llegan al Royal —dijo José, que mostró sus grandes dientes.

Javier, sin avisar, escaló las rejas. José fue de segundo, Álvaro chupó una bocanada y mantuvo el cigarrillo en su boca; por último, subí con un pérfido temblor de manos, de piernas; con un frío que serpenteaba en mi mácula de carne y huesos, con un horror parecido al llanto de los funerales. En el frígido metal de los po-

melos y las varillas se desencadenaba en mis manos, en una especie de quemadura, el color cardenillo que deja la herrumbre cuando se aprieta el metal. Más arriba, las puntiagudas varillas sobresalían como una lanza, o como flechas, dardos o crampones. Debí pasar precisando con cautela el arco de mis piernas para no ser envarado por la peligrosidad de aquellas rejas. Y de un brinco caí en el asfalto agrietado.

—Es por allá —dijo Álvaro.

—Por allá está la pila de huesos que nos dijo don Sergio —dijo Javier.

Precisaba, a duras penas, los pasos que debí dar para no caer en las salientes de la tierra. Primero divisé la cruz hecha en cerámica de un, no sé quién, que cada mes, por los comentarios de mi abuela, dejaba un manojito de flores, que quizá habría recogido del jardín y que ahora desprendía un leve olor a podredumbre. Más adelante vi un pequeño montículo lleno de flores. Temblaba de miedo cuando oía a las acacias que se movían detrás de las bóvedas, donde solo se miraba el resquicio de un pastizal abandonado. Cualquier minúsculo ruido reproducía en mi mente imágenes, como la de mis bisabuelos posados encima de su propia tumba. Por otro lado, podía escuchar el respiro agitado de José, casi que se podía oír el latido urgido de su corazón palpitando con furia y, al momento de ver sus ojos, sus oscuros y débiles ojos, un brillo lacrimoso, enrojecido, florecía de ellos.

Álvaro se alejó un poco, tomaba un sorbo de aguardiente y luego divisaba las tumbas con raras figuras en porcelana. Las hojarasca rodaban aprisa, desamparadas, como los espíritus que recorrían los pasajes baldíos, para dejar solo en la cabeza el sinsabor atolondrado del miedo, roído, entre vagas imágenes inciertas.

—Huele a cartón mojado —dijo Javier.

La idea le desagradó. Ya no estaba magnetizado por atrapar la calavera; sus ojos se hundieron como si estuviera poseído por una fuerza superior.

—¿Acaso no vas a agarrar la calavera? —pregunté.

—¿Para qué quieres esa calavera? Será mejor que nos vamos —dijo José, al mismo tiempo que un sonido de metal se oyó, agudo, sutil, afilado.

—¿Escucharon? —pregunté.

Nos quedamos en silencio, perplejos. Álvaro salió corriendo, apenas escuchó de lejos el otro sonido: un crepitar de tierra, un extenderse a lo ancho y a lo largo del apiñado bramar de la tierra, del pisar de la tierra.

—Caminen despacio, sin pisar las tumbas —dijo Javier, invadido por un miedo misericordioso, un miedo poseedor de la carne y los huesos, un miedo delirante y suicida; un miedo devastador, que no solo recorría fatigado por el cuerpo de Javier, sino también por mi cuerpo; recorría gran parte de mis piernas en una fragilidad deleznable y luego ascendía enclenque, debilitado hacia mi cabeza.

José fue el segundo en correr; cruzó las tumbas que quedaban cerca al Cristo Resucitado y trepó las rejas. Cuando las ramas dejaron de bramar, sentí un respiro en mi nuca, un respiro cálido que se asomaba hasta el vórtice de mi clavícula y luego se esfumaba diáfana-mente por el ribete de mi camisa.

—Me están respirando —dije.

Un murmullo se escuchó cerca a la pila de huesos; un escarbar de cráneos, piedra y tierra. Y, después, el golpe brioso de un metal en otro metal; un sonido sin tregua rebasaba los tímpanos y dejaba un repicar agudo de campana. Dejé atrás a Javier. El sonido seguía golpeando, repetido, cada vez más lejano, más débil. Trepé las rejas y caí a la carretera. Álvaro, en la distancia, sacudió su brazo, solo se veía su torso; las piernas, como en una ilusión de mago, habían desaparecido. Me acerqué, me acerqué temblando de pavor.

—Fue don Sergio, don Sergio Sepúlveda —afirmó Álvaro.

—Sí, fue él —dijo José—, no pudo ser otro.

Las caras se miraron unas a otras, luego me miraron penetrantes; sus órbitas surgían del cóncavo de sus cráneos.

—Imposible —dije—, me respiraron en la nuca.

José estaba echado en la carretera, recogía sus piernas contra su pecho para dejar que reposara la mejilla en una de sus rodillas. Después de un par de segundos, las estiró y se levantó, mareado, algo entorpecido (quizá por los tragos de aguardiente o por el golpe gélido del frío).

—Miren —dijo Álvaro—, es Javier.

De lejos, su silueta parecía desvanecerse cuando cruzaba anchos cúmulos de niebla; las farolas no alcanzaban a dar lumbre a su cuerpo. Miré sus manos limpias y su caminar denso y lento. Y, cuando se acercó, su piel blanquecina me llevó a recordar la espuma del mar que golpeaba en las rocas.

—¿Y la calavera? —dijo Álvaro.

—No alcancé a tomarla, me temblaron las rodillas —dijo Javier, que iba de largo.

Alvaro siguió el rastro de Javier, la estela de su delgada sombra incrustada en el asfalto. José se había estirado de nuevo y, esta vez, se sostenía con la mano la cabeza. Lo ayudé a levantarse y puse su brazo alrededor de mi cuello.

—Vamos donde don Pacho a comprar más aguardiente —dijo José, mientras veía cómo las sombras de Álvaro y Javier desaparecían.

La tristeza de Raquel

Mi familia, por herencia, es triste; mi tía, la más vieja, es aún más triste: a ella le duelen los huesos de la columna, la cabeza le tiembla cuando prende la radio a medio volumen y se le cae la mirada como si una congoja asintiera en su alma. Cuando está triste (casi siempre), le da náuseas, le da un hormigueo que corre por sus piernas y una vigorosa paranoia la lleva a salir gritando del umbral de la puerta, hasta terminar alrededor de las matas del patio que cubren el suelo. Habíamos pensado en llevarla a un psiquiatra, pero no quiere salir a la calle, no quiere hablar con la gente ni tomar sus píldoras después de la cena; estaba hastiada de tragar pastillas a todas horas y, más aún, decía que le dejaban un sabor amargo en el paladar como a verbena o a ruda. Todos estábamos tristes por saber que era hereditario.

—Habrá que seguir el protocolo —dijo mi tío, mientras ceñía las cejas y los párpados y miraba sus ojos desconcertados en medio de un espejo de bronce.

Mercedes Sepúlveda, amiga de mi tía, se había curado con un engorroso ritual. “Lo mismo le paso a Gilberto Rojas”, decía Mercedes, “y lo mismo le pasa a tu tía: la Raquel”. Él vivió cerca del Guáitara, en las laderas de una tierra colonizada por el café, las plantaciones de plátano

y los verdes cañaduzales que florecían como las gazanias en los jardines primaverales. Pero, cuando comenzó a sentir una fuerte depresión, optó por abolir los tenedores, los marcos de cristal; escondió las tijeras de rebanar las crines a los potros y se encerró en una habitación que solo albergaba una cama y un tocadiscos menoscabado a un costado del armario. Tenía treinta y nueve años, un bigote inglés, unas cejas brotadas como los cardos en la tierra y una exorbitante depresión en su voz, que a veces se extinguía con la llegada del invierno.

Los moradores aledaños se habían enterado de la enfermedad de Gilberto Rojas y procedieron a hacer visitas irritantes, lo que perturbaba su soledad que, por momentos, le placía, y en otros, lo desenfrenaba hacia una enferma locura. Apenados por el comportamiento de Gilberto Rojas, trajeron a una yerbatera que arribó en un Jeep Wrangler. Mareada por el empobrecido camino en destapada, la condujeron por un sendero que daba finalmente a la casa. Esta, con una fachada envejecida, llevaba a que las herraduras que colgaban en los postes de madera la hicieran ver recóndita, espectral o misteriosa. Cuando miró la cara de Gilberto Rojas cubierta de un llanto inexplicable y con unas facciones desairadas, supo que en sus párpados pesados estaba el cansancio de la vida, el desamor y la muerte. Vertió unos pétalos de anémona alrededor de una tina, y haciendo otros tipos de rituales con velas y yerbas amargas; y otras aromatizantes, le quitó todos los males que le venían asechando en el sinsabor de los días. “Ahora, pasea como un adolescente, sin malestares”, decía Mercedes. “¡Dicen que esas aguas y esas yerbas son benditas!”, insinuaba con un fuerte furor en su voz.

Tuvimos que esperar a que la tarde procediera a adormecerla, porque para mi tía Raquel era sagrada la siesta después del almuerzo.

El primer día del novenario parecía tener un escalofrío que le encrespaba los vellos de sus piernas y le asal-

taba un miedo indescriptible cuando regaban la turbidez del agua por su cabello. Sabíamos que iba a ser estresante lidiar con mi tía. El segundo día como el tercero y el cuarto no pasó nada; parecía agripada más que curada; parecía más triste, más abatida. Creo que no estábamos seguros de seguir con el ritual.

La tía seguía desmejorada. La última vez que la bañamos no dio ningún resultado. Esperamos al lado de la tina en súplica para que sucediera lo inesperado, pero fue inútil, cayó en una sutil depresión.

Llegamos cerca de la tarde a casa, pero, ¡pobre Raquel!, no conseguía compostura. Entró a la habitación y ya no quiso salir; en algunas ocasiones le dejaba comida al pie de la puerta y ella la tomaba cuando sentía que el taconeo de mis zapatos se alejaba. Después de un tiempo, empezó a tapizar las ventanas con telas negras y a rellenar las rendijas de la puerta con hojas de cartón; al menos ya no salía paranoica a correr por las habitaciones de la casa, con un gemido iracundo que ensordecía a quien se tentaba a escucharla.

—¡Se va a morir! —dijo mi tío, con un fuerte soplido, que salió después de la última letra.

—¡Qué va, solo es tristeza! —dije.

Mientras hervía la sopa, él se apoyaba en la mesa, ataba sus manos a un limpión y luego lo pasaba al extremo de su mano derecha para seguir el mismo proceso.

—¿Y si tumbamos la puerta?

Pero ya era demasiado tarde; su rostro había empezado a acongojarse, le hormigueaban las piernas tanto como los pies descalzos en los pastizales y unas náuseas incontroladas la atacaban cuando olía la sazón de la sopa o la carne guisada. Nos quedamos mirándonos el uno con el otro a sabiendas de que vendría la gran tristeza.

—Habrá que seguir el protocolo —dijo, roído por una inquietante insípidez. Mi tío se fue donde la yerbatera esa misma noche.

Mi tía, la triste Raquel, murió después de la partida del tío. Bueno, eso creo; aunque no estaba muerta, estaba triste, pero... casi era lo mismo. Y yo me quedé sentado oyendo la radio: el Himno Nacional a las seis de la tarde. Me quedé contemplando las puestas de sol en la vertiente de las montañas y el picoteo de las aves en los verdes matorrales, porque mi familia, por herencia, era triste: primero, Raquel, segundo mi tío y, por último, yo.

Conversación

Recuerdo que la última vez que lo miré fue con Gloria, cuando salían del café de la catedral, ambos tomados de la mano. ¡Ah, Gloria!, ¿cómo pudiste casarte con Pablo, si Pablo era mi amigo y más encima yo te amaba? ¿Por qué no me dejaste a Gloria, Pablo, a sabiendas de que tú, niño de la jai, te codeabas con las hijas del gobernador porque la estirpe de tus antepasados te había dejado de herencia, el estatus de tu padre, el alcalde del pueblo? Pero no, fue con Gloria, la hija del profesor, la del perfume de cereza, la del shampoo herbal, la de los muslos concebidos por Ares, Hefesto, Apolo, la del rímel purpúreo, la del rubor de inocente criatura, la del labial de un profundo rojo cereza y esmaltinas en las uñas, nocturnas como los ojos del buey o del toro. Tú tenías las de ganar y, aunque yo lo sabía, nunca aceptaba mi derrota. ¿Te acuerdas de las orquídeas colgadas en la casa de tu abuela, del olor a cigarro de tu abuelo, de tus manos impregnadas, del perfume del pasto, de tu madre, de tu difunta madre, que te daba correazos de pequeño y al instante una andanada de besos para silenciar tus lágrimas? Pero, ¡cómo no te vas a acordar! Dime si te acuerdas, Pablo, cuando espíamos a la viuda de Ezequiel desde el naranjo que quedaba al costado de tu casa, soñábamos con casarnos con

esa mujer, con bajarle las bragas y dormir en el remanso de sus pechos, de lactarnos como un niño que busca el calor de sus senos bajo abismales tormentas. La viuda de Ezequiel ya se murió, casi todo se murió en el pueblo, hasta el cantinero, el que te decía que fumes afuera porque una fumarola de tabaco asediaba los pulmones de don Pacho y, a ese viejo, el cigarrillo cero, Pablo. Y vos, que fumabas en el desayuno, en el almuerzo, en el té, en la cena, en los buenos días y en las buenas noches, alregar las matas del jardín, al contemplar el ocaso, al llorar bajo el crepúsculo del alba, al tomarte un trago con la música de Celio González y al hacer el amor con Gloria.

Gloria una vez me lo contó todo; cuando salías con tu Toyota Prado, versión europea de la avenida San Luis, Gloria te miraba por las cortinas y, cuando desaparecías por la Carrera 19, junto al puesto de verduras de la negra, ella te engañaba. Y, cuando me lo dijo todo, al ser un amigo de remotas épocas, se me entró el diablo, pero no por ti, Pablo, sino por mí; a sabiendas de que eras mi amigo, tenía celos de Gloria y de sus andanzas, que eran justas, porque tú, Pablo, en las fiestas del pueblo, en los bares y en las discos, salías con cualquier mujer que se te cruzara enfrente. Pero, después de todo, Gloria te amaba y tú la amabas, no sé con qué pretexto, ni con cuál significado, ni con qué hondura de sentimientos, se amaban y yo, también la amaba, en secreto.

Pablo, una amistad no se funda solo en sentimentalismos, sino también en querellas, malgastadas querellas, pugnas y rivalidades. Podría, Pablo, ser el torero de este cuento y agarrar el toro por los cuernos con la muleta arriba y los estoques ocultos, y atravesar en una sinrazón de fanatismo la papada y el pecho hasta darle muerte, y mirar sus ojos empolvados en la arena, y los coágulos de sangre yacientes en sus costados como una mancha negra, la de la muerte, pero no, Pablo, el que te mató fue otro y el corazón no aguanta más. Cuando Gloria te encontró en las escaleras con el cuerpo raquítico y

el borbollón de una sangre espesa detenida en tu boca, y un olor rancio de pústulas circundaban tu silueta larga, supe que te despedías, Pablo, y nada habría que hacer. El médico dio por sentenciada tu muerte y te cerraron los ojos, y lloraron 15 días y 15 noches y todo el pueblo se emborrachó en una fiesta sodomita de tristezas.

¡Pablo, eres un maldito!, —repetía tu mujer, y yo la mecía en mis brazos y la controlaba, porque, al reclamar tu herencia, todas tus mujeres pretendían haber sido tu esposa, y Gloria solo la segundona. Todo se fue al pierde, Pablo. Ahora, que estoy sentado sobre tu tumba, vine solo para recordarte que el que dejó las iniciales grabadas en los árboles de eucalipto en las montañas, con las letras: G y A, fui yo, Pablo, porque a esa mujer sí que la amaba, pero ahora yace a un costado de tu tumba para cumplir lo que había prometido, que, al contrario de ti, ella sí estaría contigo hasta la muerte.

La casa del asesino

El licor de la noche anterior le había aniquilado los suspiros, que poco a poco se venían vencidos por un pedacito de nostalgia en un aire diminuto. No le anegaba en lo más mínimo el hecho de tocar el piano, servirse una copa de whisky y escuchar los opulentos teclados de Frederick Chopin, Franz Liszt o Jan Paderewski. Cada copa de licor había caído a su garganta hasta exasperarle el alma. No tenía la más mínima sensación de la noche anterior, no recordaba el bosquejo nauseabundo que promisorio se había atestado en cada parte del ser.

Raúl tenía la mirada clavada en la lámpara de obregón, quería refrescarse la cara, la sangre le hervía por entre las venas y el pellejo, se tomó el rostro y refregó los párpados hasta colorarlos de un suave rojizo. Cuando alzó la vista al espejo, la magulladura que había sufrido, tal vez en horas de la madrugada, se interponía en el cabello; no podía definir el punto exacto desde donde en suposición manaba la sangre, pero quedó pasmado cuando no encontró fisura alguna en su cabeza.

El pavor le fulminó todo tipo de pensamiento. Se agazapó en la ducha y, anonadado por la escena de la noche anterior, lanzó las prendas de súbito al cesto, luego se recostó en el sofá mecido por el alborozo de las calles y los ambulantes. Miró el reloj que no parecía dar

la hora; el piso de madera crepitaba con fuerza, un olor a formol se disparaba en ráfagas pequeñas, mientras que una vieja melodía vibraba en la duela. No podía definir con sinceridad qué canción lo inquietaba, tenía un aire fúnebre, marcado por un ritmo de bolero; aquel ínfimo sonido, que se escucha con familiaridad, era como si una mujer dejara el suspiro que colgase balanceándose sigilosamente para caer. Pronto la canción cesó, para escuchar, solo entonces, el agudo del silencio que se instalaba como chiflón en el oído.

Cuando la oscuridad llegó y los libros y el piano y todo dentro se fraguó de una sombra penetrante, se levantó trastrabillando en búsqueda de las llaves de la puerta.

Afuera era incontenible el llanto, la neblina se agazapaba y le bajaba los párpados. En las calles, las parejas se abrazaban postergadas en su idilio para fulminar con lunática espesura el encuentro de mirarse a los ojos, y sus pupilas se agrandaban por el temor de dos amantes que se besan silenciosos en su nido. A los pocos minutos de pisar los andenes y llevar a que su ser fuese una podredumbre de amarguras, prendió un cigarrillo. Raúl, la noche anterior, estaba con Eva González amordazando las palabras hasta fusilarlas con licor; es que Eva González, una mujer ilustrada por las normas del desacato que ella misma había considerado como su scilicet, o el rumbo de su ultimátum, y él, un pianista al borde del delirio, que apreciaba una ópera tecleada por falanges medioevales, no tenía perdón de la vida que ella lo hubiera encontrado, de antemano, para amarla hasta el delirio de su corazón, hasta la emancipación del verso y la conjugación de la carne.

La noche de días estivales le dio un aura divina; salió de su casa, tal vez, porque sabía que se aparecería en algún momento cerca del bar de don Pablo. Esperó unos minutos, hasta mirar de lejos a una mujer que venía afañada, las blondas de su blusa colgaban hasta la curvatura

de su cadera y, sin que la oscuridad le velara el rostro, divisó que era Eva González: rápida como siempre, fervorosa como nunca, y el corazón se le aceleró al errante movimiento que marcaban sus tacones, el corazón se lanzó como dardo, encrucijado en un tablero de cricket, como si quisiera jugar en su lánguido cuerpo.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó temblando, los labios se estremecieron; esa infinidad rojiza de su boca, cuando el beso llega precipitado a tocarle los labios, no existía, pero sería la hora cuando busque su memoria y no la encuentre. Él no dijo nada, sacó un cigarro y con lento movimiento lo estrechó en los dedos de Eva González y luego lo soltó.

—¿Qué tienes?, ¿acaso te comieron la lengua los ratones, Raulito? —preguntó.

—Estoy bien —contestó, soltando un vaho tibio. Eva González sonrió con cinismo.

—Cómo no cambias, Raúl, ¡el mismo patancito de siempre!

Ella sumergió los brazos en la hendidura del cuello de su camisa y recostó sus mejillas en sus hombros, para preguntarle despacito al oído:

—¿Me quieres?, ¿me quieres, Raulito?

Su mirada se embelesó en el centro de sus ojos y, en un parpadeo, y en una milésima de segundo, sabía que el amor había terminado, que el aroma de Eva González se congelaba para caer delimitadamente en el asfalto.

—Te quiero —contestó, mientras apartaba la mirada de sus ojos y sonreía en el azar del momento.

Ella pudo notar el pequeño nudito que se le apretaba en el facial, la curvilínea que estiraba el músculo de sus labios para cristalizarle el semblante. Bordeó el cigarro con sus dedos y lo apretó en su boca y, en un ademán, lo prendió.

—Tengo frío, Raúl —dijo temblando, mientras él seguía en silencio.

La canción que le aniquilaba el alma empezó a sonar

en la distancia, las ondas venían cortejadas por un susurro que producía ráfagas en las cuerdas de la luz. Raúl no justificaba por qué aquella canción era gloria para sus oídos.

—¿La escuchas, Eva? ¿Escuchas la canción?

—Debe venir de esa cantina.

—¿No se te hace conocida, Eva?

—Pero, por fin, te has decidido a hablar; basta con que te pongan esa canción y sueltas la lengua —dijo, mientras se llevaba las palmas de sus manos a su ósculo delicado y tierno.

Miró los árboles del parque; las cuerdas de luz se atravesaban entre sus ramas para agitar con brusquedad las hojas; el viento, como en una ráfaga de cometa, pasaba veloz para que vacilaran aquellas cuerdas.

—Mira las cuerdas.

—Ahora, dime que te dan miedo —sonrió disimuladamente—. Como a ti todo te da miedo.

—Y empiezas con lo mismo, y dale con lo mismo, Raúl —dijo enojada—. Mejor llévame a tu casa. Está frío.

Raúl, entonces, hizo un gesto de aprobación.

Camaron por la 17 tomados de gancho, miraron a los borrachos trastrabillar en los andenes y a los vagabundos que hacían su cama con unos periódicos en los atrios de las iglesias.

Llegaron al umbral de la casa de Raúl, rodearon el borde de la puerta y la cerraron con sigilo; a medida que subían, el ambiente se caló de un penetrante olor a madera; subieron aprisa, confundidos por el serpenteo de las gradas. La chapa colgaba como bola de billar en la buchaca. Eva González le dio vuelta y entró mientras buscaba un par de cigarros, escudriñó en la base del piano cubierta en partituras; Raúl permaneció en el umbral de la puerta, quiso decirle que ya no la amaba, que su corazón lamía los escombros de pieles de otras sombras menos distantes.

—Tenías razón, Eva —dijo Raúl

—¿Sí? —respondió, mientras ella alzaba la mirada frente a un escaparate.

—Debí de cambiarle el piano al señor Vinueza.

—¿De qué hablas? —dijo disgustada.

—Olvidalo... —suspiró. El suspiro se condensó con el frío que atravesaba el lugar.

—Cierra la puerta... estoy temblando —añadió Eva.

Raúl cerró la puerta. Eva González giró su cuerpo hacia una silla que estaba al costado de su cama, se tomó el mentón mientras daba golpecitos con la pierna entrelazada. Entonces, Raúl le dijo despacito, sin entorpecer el golpe de Eva González en la silla:

—¿Alguna vez has sentido tus ojos que miran los míos y mis pupilas se agrandan para ocultar ese reflejo inútil de mi cuerpo, y yo miro cómo te arreglas el cabello, te limas las uñas, cruzas la pierna y en un momento indefinible me aferro a ese pequeño suspiro que sale de mis labios para pronunciar que te quiero y no?

Eva se acercó lentamente y volvió su sombra a compactarse con el cuerpo de Raúl; Raúl abrazó enardecido el corpiño para deslizarlo hasta poseer la textura de su piel en una caricia indescifrable.

—Tu cuerpo es un funeral donde quiero morir amando —susurró. Mientras desnudos cayeron calcinados en la alfombra. Los cuerpos, en apogeos, se combaron entre la claridad de las luces de la ciudad y el destello de una lámpara de pie de bronce que atravesaba la oscuridad. Después, las miradas tristes se apreciaron, ausentes, distantes, lejanas, y con voz cruda, Raúl le había dicho que ya no la amaba.

Poco después estaba vestida y abrazaba la espalda de Raúl, para herir la piel de un olvido irremediable; le dejó la marca del pintalabios rojo en la mejilla y el rastro negro-brusco de la pestañina que se mezclaba con una sustancia salina.

La tapizada canción comenzó a sonar, la incertidumbre se aletargaba cuando el alma trepidaba escrupulosa-

mente, el eco atravesaba la duela y quedaba suspendido en el aire. Raúl se tendió en la cama para reclinar la cabeza en la tarima y durmió arrullado por la vespertina canción que lo perturbaba.

Una, dos, tres gotas le cayeron verticalmente en la frente para interrumpir su somnolencia, una gran mancha proliferaba en el techo; sus ojos lánguidos y desparvoridos observaban como se escurría un líquido vino tinto, que poco a poco se iba aclarando por la luz del ventanal. Tocaron la puerta un par de veces, Raúl desaseguro el aldabón y viró la chapa, pero nadie estaba afuera; pensó que los golpes venían de la puerta vecina. La vieja canción ahora se definía con claridad; percibió un hormigueo desde los pies hasta la punta de su nariz, se sintió atraído por ese bolero infra-funeral; creía saber que la tonada venía del quinto piso, subió las escaleras. Raúl iba desarrollando una idea fatalista de la escena, el semblante escuálido se venía desvaneciendo. Cuando llegó al pie de las gradas, encontró la puerta abierta; percibió un olor a formol combinado con podredumbre, la mesita de sala tenía encima cuchillos de carnicería y en el piso bolsas plásticas estaban tiradas al azar en un desorden equilibrado; los candelabros colgaban de un lado a otro, gotitas de sangre espolvoreaban la alfombra y se prolongaban hasta el final de la puerta del baño. El bolero seguía sonando, sus pasos virulentos deslustraban el brillo de la baldosa. Había marcado un itinerario de la alfombra hasta el florero. Tembloroso, abrió la puerta del baño y Eva González estaba tirada, descalza, sobre la cortina; su espectral figura lo llevó a dudar por un momento; la mujer había quedado tomándose su pecho mientras sus ojos contemplaban la duela de un techo empolvado. En una milésima de segundo el asesino arribó, abrió la puerta que se le dificultaba por la borrasca y el tambaleo de sus manos; tenía una botella de aguardiente a medio terminar; mientras caminaba tarareaba el viejo bolero que sonaba en el tocadiscos;

cuando la aguja del aparato cesó, lentamente desenfundó el revólver envuelto en un pañuelo de paño, haló el gatillo y disparó. Raúl se desplomó sobre el cadáver de Eva González hasta perderse en el último resoplo antes de su muerte. Mientras que el viejo frotó el arma con el mismo pañuelo, desnudó las huellas y la colocó en el bufete.

La casa había quedado en silencio, los murmullos de la madera resoplaban como si tuviesen vida. El asesino repitió el bolero con el que había cometido el asesinato, se reclinó en la butaca y escuchó a Billy Cafaro hasta cuando amaneciese y la luz agrietada que languidecía en las persianas lo llevara a ocultar los cuerpos entre la alfombra y la duela.

Al toque de campana

Al principio la bulla era ensordecedora; mucho después, al toque de la campana, se esfumaba ligeramente, para quedar solo la pasividad de los susurros femeninos en una atmósfera liviana.

—Ya viene el viejo por el pasillo —dijo Víctor, golpeando la mesa fuerte, bravamente. El estruendo tal vez lo oyó Rodríguez, que venía caminando lento y firme con los zapatos mocasines que siempre utilizaba.

—¡Sentados todos, que ya viene el viejo! —dijo de nuevo, y se quedó de pie en el filo del pupitre, esperando a que todos se quietaran, uniformes en sus puestos.

Rodríguez vestía, en tiempos calurosos, pantalones anchos de dril, camisa larga, que remangaba hasta los codos y que, casi siempre, dejaba ver su reloj dorado con correas de un cuero rústico. De vez en cuando saludaba airoso y otros días era parco, como la mirada de un felino listo para el acecho.

Víctor y los otros se serenaron hasta que alguien tosió, de inmediato aguantó la respiración y el breve respiro se sintió a la par con el golpe de un lápiz al caer al suelo y la silla llegó hasta las cerámicas que se arrastraba unos centímetros hacia atrás. El profesor asintió con la cabeza, frunció el ceño y se agachó en el escritorio.

Todos estaban en silencio. Víctor me escribió por

detrás; Mario y Obregón me miraron, Víctor también lo hizo; su cara resplandeció a medida que la cortina de luz atravesaba la ventana y una nubecilla de polvo se interponía entre ellos. Me pasó un trozo de papel que decía: “A la salida nos vemos y vamos a la casa de Mario”. De inmediato asentí con la cabeza.

Desde la esquina, el profesor me miraba con sus ojos atentos y débiles, mientras los demás transcribían lo que había escrito en el tablero: “Conflicto social colombiano”, de título, grande y con buena caligrafía.

—Más de cincuenta años de conflicto armado... —dijo, sin dejar de mirarme.

Mario me hacía señas y apuntaba desde dos filas más adelante con el dedo hacia el piso, como si me diera indicaciones. El profesor dio un giro y quedó de espaldas para graficar en el pizarrón. Isabela me susurró delgadito y tierno: “¿Vamos, Camilito?”. El profesor dejó la tiza tendida en la mesa y se paró frente al escritorio (el auditorio lo observó con palidez y cosquilleo), dio media vuelta y exclamó con furor:

—¡Silencio! —Su voz salió desde el diafragma como el respiro de un torero en espera de una embestida.

—¡Camilo! —zanjó después. Me quedó mirando, fijo, amenazante—: A usted también, Víctor.

Mario, Isabela y los demás detuvieron con sus manos la carcajada, agacharon sus sienes en la mesa que olía a polvo y a virutas de colores. El profesor siguió en su clase, mientras observaba con atenta prudencia nuestros movimientos, hasta cuando tocó de nuevo la campana y salimos pitados.

Al mediodía el calor bochornoso hacía que los estudiantes mantuvieran sus camisas desbotonadas dos ojales abajo. Al salir, los de tercero corrían párvulos y serenos por los pasillos con ese aire colegial, que los exponía a que los atropellaran los de secundaria.

—¡Deténganse! —dijo Isabela, cuando llegamos al paradero de buses.

Isabela era la hija del rector, tierna y delicada, casi siempre salía de su casa para ir con nosotros a algún lugar de la ciudad y charlar sobre sus viajes matutinos de principios de temporada. Era bellísima; sus ojitos de media luna, brillantes, despojados de toda simplicidad, y su sonrisa delgadita se entreabría cuando oía los piropos que le decía suavemente al oído. Volteamos sorprendidos y nos sujetamos la cabeza para lamentar el agravio que habíamos cometido.

—Los estaba esperando en la salida del colegio —señaló.

—No te vimos —dijo Obregón, mientras sujetaba la baranda del paradero con las manos sudorosas—. ¡Es que eres tan pequeñita!

—¡Pequeñita! —replicó—. ¿Cómo qué no me viste?, ¡saliste pitado, niño!

—Con los de primaria —dijo Víctor, y se echó a reír junto a mi hombro.

Isabela sonrió, los demás también lo hicieron en una cadena de risas engañosas. Cuando llegó la ruta, la gente se conglomeró y bamboleó de lado a lado y uno que otro saltaba aturrido cuando el bus encontraba los baches de las calles. Isabela se cubrió la nariz con su camisa, pues un olor a sudor mezclado con ajo surcó esa delgada línea de la ventanilla abierta y el aire que flameaba hasta el interno del colectivo. Víctor y Mario quedaron en silencio, oyeron cómo dos profesores discutían sobre la toma del acueducto por las FARC a las afueras de la ciudad y unos cuantos a mi derecha hablaban de la selección Colombia antes de la Copa América.

Cuando llegamos a la casa, pedí prestado el teléfono; mamá respondió preocupada, le dije que a las siete estaría allá y que acá prepararíamos algo. Los demás se acomodaron en los asientos. En una poltrona, cerca del patio, el abuelo dormía. Don Juan había estado inmerso en el Ejército nacional como teniente y ahora era un sofocado anciano, somnoliento y triste, y con grandes historias saturadas de nostalgia y guerra. Al poco tiempo de

renunciar, había estudiado Ciencias Sociales y ha sido profesor unos cuantos años, hasta retirarse.

—Nadie le preste atención al abuelo —dijo Mario, encogiéndose de hombros.

Detalladamente, Isabela lo miraba desde el fondo, donde la profundidad del pasillo lo oscurecía y, cuando una turbia y voluptuosa sombra se movía en las baldosas, sabíamos que estaba vivo. Obregón prendió el aparato y el sonido escandaloso retumbó en los vidrios de las ventanas, mientras que Isabela, al recostar su espalda en la pared, danzaba como serpiente de la India y sus hombros se meneaban con ritmo. A mí me gustaban los Beatles, pero Víctor y los otros encendían la casa con un Eddie Palmieri que levantaba a los muertos. Mario, en la cocina, tiraba paso de lado a lado y daba vueltas en giros tempestuosos; lanzaba los panes y sacaba de la nevera el jamón y el queso con una especie de tibia corografía. Oímos toda clase de música y, cuando los Long Plays se repetían en el tocadiscos, sacábamos la grabadora de su tía y poníamos CD, de los que coleccionaba en las Navidades. De inmediato, Mario dio un salto brusco de la silla al suelo y todos nos quedamos mirando, absortos, su rostro larguirucho. Se paró pensativo, mantuvo su mano sobre la sien y, mientras agachaba la cabeza, miró como el abuelo caminaba con el bordón encogido; luego, en un giro mesurado, se sentó al frente del tocadiscos.

—Cuando era muchacho, oíamos boleros y enamorábamos a las jovencitas dando serenatas —dijo, mirando miope la portada de la Sonora Matancera—. Pero no todo era bohemia; nos alojábamos en la casa de Marujita y echábamos baile hasta la madrugada; ellas eran cortes en mi época y nosotros unos buenos mozos —sonrió de repente y luego extravió la voz titubeando—. Ustedes no saben sobre la valentía de aquellos hombres. Fuimos a la guerra con fusil en mano. Un amigo era capitán de la Armada Nacional y fue a combatir en contra de Hitler, peleó en Libia, Egipto y Túnez. En el desierto, ellos, las

ratas, dirigidos por Montgomery, caían desplomados en medio del sol abrazador, que los impactaba en la testa. No morían por un proyectil... ¡No, señores!, morían de sed en las dunas del desierto, y el Zorro, que los atrapaba de cuando en cuando, los mataba sin compasión. Pedro Solórzano me escribió solo una vez; envió la carta con sus primos, que tomaron la decisión de trasladarse de Francia a Colombia. Debí guardarla, aunque... debe estar en algún lugar de la casa.

El anciano observaba con intermitencia las cerámicas del suelo; las cicatrices en su cuello y cara lo hacían un soldado de guerra osado y valiente. De vez en cuando fumaba en la sala de su casa, que ya no era suya, pues la herencia se había repartido hacía un par de semanas, y ahora le pertenecía a doña Matilde.

—Otros combatimos en las selvas del Putumayo — advirtió, cuando sus dedos tocaron con brusquedad la colilla del cigarrillo—. Treinta y ocho días en guerra: el uno tiraba plomo venteado desde el extremo de la cordillera. No sé qué frente sería; yo para los nombres soy malo. Y nosotros recibíamos los balazos cubiertos con unos árboles de ceibas y unos arbustos de aráceas. Nos vimos obligados a dejar de disparar y a correr trocha arriba, pues eran unos cientos de hombres decididos a matarnos y nosotros un grupito de cuarenta. ¡Qué guerra tan bárbara! Llegamos al final de una colina, casi todos dispersos. Al pie de las faldas, un fuerte tiroteo se desató y pensamos que habían dado con nuestros hombres y los habían matado; quedamos confundidos en medio de la saturada vegetación; poco después, un calor intenso se filtraba por entre el follaje; estábamos camuflados por unos grandes helechos que crecían en las orillas del río, pero, detrás de las flores silvestres y las protuberancias de las rocas, justo detrás de todo eso, se atiborraba una pava y el extremo de un fusil. Orrego tosió despacio, conteniéndose. En ese momento, surgió una minúscula congoja que desfalleció nuestra moral; entonces, pen-

samos: “Nos van a enjaular en una alambrada de púas y, después de un tiempo, cavarán un hueco de unos cinco metros de ancho, nos pondrán al borde de la fosa, apretarán el gatillo y ¡bum!, al suelo”. Uno de nosotros le tapó la boca, sus falanges se encajaban en las mejillas y sus uñas grotescas le arañaban con crudeza la piel. Luego se amorató. “Habría que destaparle la boca, para que respire y nos maten”, me dije. Afanosos, le quitamos las cuatro falanges de la boca y nos alistamos para correr, cuando empezara a toser. Los guerrilleros, que avizoraban el oriente del Putumayo, enlistaron sus armas detrás del montículo de tierra, pero cuando Orrego empezó atosigarse del aire húmedo de la selva, saltamos en fuga a los pies del riachuelo y empezaron las metrallas a centellar detrás de mis espaldas. Yo oía los casquillos que caían en las piedras y dejaban un desconsuelo infernal a lo largo del follaje. Éramos diez y poco después, ninguno. Yépez, Rosero y Solarte, se habían esfumado en los manglares, Orrego había caído destrozada su sien en las fauces del arenal y unos cuantos habían muerto alcanzados por las balas. Se paró de la silla. Los demás, sorprendidos, veían la gesticulación exagerada del viejo: su mandíbula, como un bloque de cemento, parecía pesarle; su mano, tembleque, agazapada con osadía a la sujeción del bastón y su mano izquierda se ajustaba a su cintura. Víctor mantuvo firme su puño en su mentón, como si estuviera esperando un desenlace arrollador de una película de Quentin.

—Abuelo —interrumpió su nieto; enseguida, don Juan cruzó su brazo y lo calló de golpe.

—¡No!, no es momento para que me calles —exclamó.

Don Juan persistentemente movía la caja de dientes en su boca, mientras de una gaveta del joyero sacó documentos que apestaban a polvo: letras de cambio, libros usados y olvidados, registros con huellas empobrecidas en papel manteca y un sobre: delgado, curvo y viejo.

—¡Aquí está, señores! —exclamó con júbilo, y se sen-

tó de nuevo para abrir el sobre y rotarlo rápido.

De lejos, las palabras garabateadas no me dejaron espiar con atención. Obregón y los otros se acercaron a leer de cerca y la pasaron mientras disimulaban su sorpresa. Seguro no habían entendido la letra que se enredaba en cada una de sus líneas, atrapadas, tal vez, por una magia añeja de dolor y ausencia. Cuando Isabela la pasó con sus manos dóciles, el papel tan delgado y dúctil se doblaba ligeramente por el peso de mi puño; solo pude descifrar la fecha de la carta, que se encontraba escrita por una caligrafía de médico casi indescifrable.

El viejo quedó hablando sin que nadie le prestara atención, vacilaba con sus manos dispersas y las meneaba como hilos de marioneta hasta callar en una rotunda evasiva. Obregón y Víctor fueron a la cocina por agua; Mario se quedó con el abuelo un segundo, mientras terminaba de doblar la misiva. Había anunciado que llevaría la carta, para mostrársela a Rodríguez en la clase de Historia. Obregón y Víctor llegaron de la cocina y al poco rato se despidieron, como si tramaran algo. Mario advirtió que pronto llegaría su madre; con algo de inquietud dijo: “Tenía que ordenar mi habitación”.

Esa noche salí con Isabela, porque vivía cerca de mi barrio. Caminamos por la avenida, tímidos y callados, hasta pasar el puente y la glorieta.

Desde hacía un par de años Isabela me gustaba; nos habíamos besado por error en la fiesta decembrina que todos los años hacía su familia; recuerdo que esa noche destapamos una botella de vino y bebimos hasta quedar rendidos en las gradas de su casa y, cuando me iba a despedir, nos besamos, ¿o la besé? Ya no recuerdo quién lo hizo, pero sus labios eran suavечitos, sabían a un acíbar exótico; tan dulces como los frutos de los mangos recién rebanados.

Un tiempo después, ella me dijo que era la primera vez que había entrado a casa de Mario, le había agrada-do la música, pero el abuelo le había inquietado más que

cualquier otra cosa; le dije que era un anciano que vivía reconstruyendo sus historias militares; ella de inmediato frunció el rostro y volteó su cara con delicadeza.

Al llegar a su casa, nos miramos por tres segundos, hasta que se alejó repentinamente y se contrapuso, recostada, algo confundida en las rejas: “Tengo que entrar”, dijo, sin mirarme con sus ojos que, impactados, observaban el asfalto. Se quedó en silencio y me besó en la mejilla.

—Chao, niño —me dijo, con algo de desencanto—. Mañana nos volveremos a ver.

Cuando traté de hablarle ya estaba de espaldas. La seguí de reojo, hasta que se perdió en los jardines umbrosos por la neblina.

Esa noche no deje de pensarla.

Al día siguiente, Víctor me pegó un golpecito por detrás.

—¡Qué más, Camilo! —exclamó.

No alcancé a saludarlo, pasó por la biblioteca y subió hasta el campanario.

En el salón, Obregón discutía. Santiago lo empujó. Se miraron fijo.

—¡Se van a pelear estos maricas! —dijo en el fondo una voz casi apagada, confusa.

De la entrada llegó Víctor, agitado.

—No viene nadie y el rector aún está en la sala de profesores —exclamó ansioso.

—¡Detenganlos, que se van a matar! —dijo Isabela, que había llegado con un poco de colorete en sus mejillas, con su cabello suelto y húmedo y sus medias largas y finas.

—En el parque Santander, Santiago lo arrastró contra el piso, desde allí la bronca, ijodida cosa! Entonces, se detuvo la partida de micro y cada quien para su casa —aseveró José, el gordo que tapaba en los partidos del colegio.

Santiago empezó primero la riña, le acertó un mamonazo en la cara —mientras los estudiantes protesta-

ban de extremo a extremo—, lo mandó contra el tablero y se le fue encima y le alcanzó a propinar otro golpe en las costillas; Obregón se cubrió con los codos y se alejó tocado al borde de la puerta, acurrucado, en posición fetal. Santiago era más grande; su cuerpo de oso Grizzly y su estatura mediana hacían que Obregón fuera un ridículo fragmento de huesos en medio del apogeo. Obregón se levantó y meneó sus hombros de derecha a izquierda. Era flaco, pero flexible. De lejos, miré a Mario, que se quedó en el umbral de la puerta con Víctor; pude ver que decían algo en medio de la multitud. Cuando volví la mirada, Obregón sangraba; le pegó un puño seco en la nariz, duro, como un bloque de cemento; él se fue para atrás y cayó en la esquina del basurero. Se incorporó de inmediato: tambaleando, asustado, sudando. Intercambiaron golpes al azar; Obregón le acertó un puñetazo en las costillas, lo tenía vulnerable, descubierto. Una patada en las canillas y al suelo. “Es flaco, pero hábil”, se oyó decir en medio de la multitud. Sonó la campana. La gente parecía que no hubiera oído el campanazo agudo y largo. Seguían gritando. “¡Párate, Santiago, que te mata!” Parecía rendido; se tocaba las piernas y plegaba el rostro con dolor.

—¡Al puesto, que ya viene Rodríguez! —gritó Víctor del otro lado del salón.

La gente se dispersó y le bajó un poco al ruido. Obregón ayudó a Santiago a pararse y fueron a los puestos juntos, como dos buenos contendores. Víctor se quedó de pie.

—¡Rápido!, que ya viene el viejo —gritó de nuevo. Fue un grito bajito, pero agudo.

Rodríguez giró la perilla y entró despacio. Observó asombrado el silencio sepulcral en el salón. Desde mi puesto se podía ver a Isabela. Después de la pelea y el bullicio, la detallé: un cabello plegado hasta la coronilla, atrapado con un caimán, aretes de plata brillantes y largos, rímel en los labios y, en el fondo, la sombra de su

figura delgada en las baldosas.

Mario tronó los dedos en mi cara.

—¡Despierte! —dijo con malicia.

Un golpe llamó hacia la puerta. El golpe de la puerta y el chasquido de los dedos me habían puesto en mi lugar. Al abrir, las bisagras rechinaron levemente y, desde el umbral, Torres entró tomando los rieles de su mochila y con la cabeza gacha siguió de largo y se sentó en un puesto de atrás.

—¿Alguien miró noticias? —preguntó Rodríguez.

Se miraron unos a otros; unos cuantos levantaron la mano y solo dijeron: “Sí, profe. ¡La cosa está jodida!” Rodríguez los quedó mirando con parquedad. La toma del acueducto había desatado la controversia en la ciudad, pero nadie quería hablar en el salón; nosotros, tímidos por la opinión, no hicimos más que callar y afirmar la espalda en los asientos.

Otro golpe en la puerta; esta vez el conserje llamó al profesor y hablaron unos segundos; Rodríguez sostenía el aldabón con su mano izquierda, con la otra apoyaba la tiza en la pared y la movía en círculos pequeños. De inmediato la entrecerró.

—Mario Arciniegas —dijo lento, pausado.

Mario se levantó del asiento y se quedó mirando a Víctor, que oyó algo, meneó la cabeza y gesticuló desgracia con los ojos casi cerrados.

—Al teléfono, Mario —dijo con pesadumbre.

Se quedaron fuera por un instante, casi que rozando la puerta con sus espaldas. Obregón y Víctor pararon la oreja y enseguida se lamentaron. El murmullo pasó de fila en fila hasta llegar finalmente a mí. Don Juan había muerto esa mañana, por razones desconocidas. Pronto, Rodríguez cerró la puerta, mientras que Mario se perdía en la distancia. Obregón se limpió la sangre con la camisa y unas cuantas gotas cayeron en los libros. Esa mañana, me enamoré aún más de Isabela. Cuando se levantaba para arreglarse la falda, veía sus senos para-

ditos y redondos y sus piernas límpidas y largas. Pero estaba triste por don Juan y Rodríguez siguió la clase frío y punzante y, al rato, escribió grande en el pizarrón. “Segunda guerra mundial”. Dejó la tiza en el escritorio, hasta que tocó la campana por segunda vez.

El fantasma de tu sombra

*“Te digo adiós, y acaso, con esta despedida,
mi más hermoso sueño muere dentro de mí...
Pero te digo adiós, para toda la vida,
aunque toda la vida siga pensando en ti.”**

José Ángel Buesa, Poema de la despedida

Quería convertirme en pez, llovizna u ocaso, lo que fuese: un olor redentor, una flor de magnolia o una palabra de Miller, lo que fuese: una melodía de Teresa Gómez o el piano de Chopin, por tercera vez lo que fuese, pero no en este hombre desgraciado que guarnece a la luz de una lámpara sus pesadumbres; ¡oh, lámpara!, ¡bitácora de sombras!

La mañana había calcinado los huesos, la carne y el espíritu; había incendiado las llanuras imaginarias, y carbonizado el libido de sus besos, imalditos besos!: ósculo perfecto, composición perfecta, dulcificante perfecto, ¡oh, perfección suya! ¿Pero, con que afán su noctámbulo recuerdo se precipitaba a cincelar mi cráneo como un mármol, para que quede grabado mi epitafio?

Recuerdo muy poco... si digo qué recuerdo muy poco me miento, recuerdo muy bien lo que pasó y por eso estoy aquí como un mortuorio yacido en el catre, mirando a las ventanas que han empezado a oscurecer.

Ah, sí mi querido lector, la Flaca bailaba como nadie a la Orquesta Harlow, meneaba sus caderas de aquí para allá, tomaba vino escuchando vinilos y leía desnuda al pie de una lámpara que le acariciaba el rostro. Aunque

* Léase en formato: *El adiós, Orquesta Zodiac.*

sabía que no conocía nada de ella, su amor por los Longplay me había enamorado... enamorado como un loco, tanto como Castel de Iribarne; la diferencia entre aquellos personajes y nuestras vidas era que yo solo quería matarla a besos. Porque sus besos eran tiernos como nadie. No pude comprender, después de tantas noches, por qué no había colgado el cuadro de El beso de Gustav Klimt y hasta ahora creo que no lo ha hecho. Pero eso ya no importa.

Esa noche, después de que habíamos dejado de bailar, salió furiosa de la Bodeguita. Yo presentía su furia cuando una corpulenta vena se le inflaba en medio de sus cejas; le hubiera podido decir que, ¿qué le pasaba?, pero era mejor dejarlo así.

En medio de la discusión sonaba: Ran Kan Kan, The Cesta – All-Star, y adentro, en el bar, el alborozo de la gente no me permitía escuchar lo que decía, solo miraba sus labios movidos por una huracanada de insultos que se perdían en el ruido de la calle. Por último le dije que me iba, que ya no la soportaba, ella comprendió que ya no nos pertenecíamos y me dejó ir como si nada hubiera pasado y yo me deje ir de ella como si hubiera pasado todo.

No dormí muy bien esa noche, primero porque había quedado en un estado en donde quería acaparar el mundo con mis manos (el alcohol no había hecho un buen trabajo). Y, segundo, porque me preguntaba que con quién se habría quedado bailando. La imaginaba moviendo su vestido al son de los bongos o de las trompetas, porque la Flaca sí que bailaba bien y eso atraía a los hombres que querían acortearla.

Salí a las cinco de la tarde cuando el teléfono sonó y escuché la voz de Álvaro en la bocina. Estaban todos en la casa de Alfredo, el combo de la rumba y el movimiento, los que tomaban y bailaban al son del guaguancó y luego de la furrusca escuchaban The Cars, o ¡A ah! Pensé que se estarían preparando para Halloween. La manera de prepararse consistía en embriagarse antes de las siete

de la noche. Que más podían hacer, vivir eternamente borrachos o afrontar la soledad vivamente sobrios.

Antes de que llegara a la casa de Álvaro, miré a Santiago, fumaba un cigarrillo en el paradero de buses de la calle 18, casi siempre inhalaba con lentitud el filtro hediondo que se escondía severamente en su bigote walrus o inglés; poco después de haber chupado y exhalado, cruzó la calle y se perdió entre el tumulto, que conmemoraba matutinemente la celebración de los Celtas.

—¿En dónde está Álvaro? —dije, cuando llegué a la casa de Alfredo.

Sin percatarme, Álvaro yacía en un catre, tenía la mirada perdida y estaba infestado de licor. María lo acompañaba, un poco menos desastrosa que Álvaro, pero igual de borracha.

—¡Llegó el bomboncito de Fernando! —dijo Isabel.

Me cruzó sus brazos entre mi cuerpo, un cuerpo lánguido que no me pertenecía y que en la más mínima oportunidad la muerte lo arrebataría.

—¿En dónde está Alejandra, Ricardo y Esteban? —dije.

—Salieron apenas tú llegaste —dijo Álvaro, que ahora estaba tendido en las piernas de María.

—¿Cuántos días llevan así? —dije.

—Uno —sentenció.

Al poco rato Mario me sostuvo por detrás.

—¡Casi no llegas, huevón! —dijo irritado, mientras atrajo de su rostro un olor a maquillaje carnavalesco y a yerba recién cortada y, más tarde, en cuestión de segundos un perfume a labial y a lacinias me acarició del cuello y me besó en la mejilla que estaba al descubierto.

—Hola tonto, ¿y por qué no te disfrazaste?

—Nadie se disfrazó, solo Mario —dije.

Ángela pasó mis manos sobre su cuello que estaba húmedo y lizo como el agua del río al bañar las rocas.

Cuando llegaron todos a la casa de Álvaro salimos a las calles. Nadie preguntó por la Flaca ni yo tampoco quería recordárselos.

Alfredo siempre estaba hablando de sus mierdas, para dárselas de que él era un erudito en temas de filosofía. Pero que vamos a saber de él, a duras penas puedo saber de mí, que si escucho los pianos de Michael Petrucciani o Chopin, me excita. Me da resaca lo que no tenga armonía, lo demás es pura casualidad que me atrapa con el transcurrir del tiempo y no me suelta, porque para soltarse hay que morir varias veces como sea posible y de eso no estoy acostumbrado.

Cuando llegamos a la plazoleta la Flaca estaba con otro hombre. Llevaba un sombrero de bruja y un vestido largo y negro y un antifaz de plumas. Cuando pensaba en la Flaca, pensaba en cuando hacíamos el amor, o en cuando prendía el tocadiscos para bailar sola, en donde daba perfectos pasos, y su vestido se ondeaba por el viento. La Flaca sí era bella y todos querían poseer su cuerpo glorioso, pero nadie accedía con facilidad. Tanto ella como yo escuchamos, como un susurro de radio vieja y lejana, la canción: La agonía, Lebrón Brothers, y se nos erizó la piel a ambos y nos quedamos mirando entre el tumulto de gente que nos rodeaba. Alcancé a mirar como en un flashback las repetidas imágenes de sus besos en violentos movimientos y, luego, sus pechos izados encima de mi cuerpo en una perfección de crustáceos de mar en las filosas rocas de los arrecifes. Pero la Flaca ya no era mía, y cuando cruzó de nuevo la mirada tomó de la mano con quien estaba acompañada y se marchó.

Nos saludamos, me saludé con todos, casi todos. Nadie llevaba un cigarrillo a esa hora, escuchaba una canción que se podía tararear y llevar el compás con los pies y eso irrefutablemente me daba ganas de fumar.

Alguien silbó por detrás y dijo.

—Hagamos la vaca para otra botella —reí.

Pensaba en otra borrachera, pensaba en que cuando ya estuviera ebrio, bailarían ridículamente, y después me sentiría completamente derrotado.

Cuando llegó el trago, los muertos se revivieron. Trago va, trago viene, llegamos a la 18 con 29 y ya me había emborrachado.

Alguien dijo que entremos a la disco. Que se podía esperar de Halloween, ya sea pasear desordenadamente en las caminatas devastadoras o tomarse de bufanda y chaqueta de lana, y sentir el frío golpeando las sienes, o no sé qué cosas. Cuando a lo lejos se divisaba la otra plaza, me tomaron del brazo y corrimos de esquina a esquina, algunos tambalearon otros se despedazaron en el asfalto y reían temblorosos y agitados (conglomeramos las calles urdidas de espanto, y llegamos secos las gargantas y medios borrachos).

Entramos vacilando y nos sentamos antes de que otros nos arrebataran la mesa. Para mi fortuna la Flaca estaba allí, cruzada de brazos, con el mismo hombre que la miré.

—¿Aquella no es la Flaca? —dijo Isabel.

Y antes de que pudiera dar una explicación, ya me habían dado el sentido pésame, me dieron una o dos palmadas mientras aguardaban en silencio.

Bailamos toda la noche y la Flaca también, pero con otro hombre. ¿Qué sucederá mañana cuando amanezca nuevamente solo, y ya no seas mía? Me dije. Pero la Flaca me miraba de lejos y yo me reusaba a mirarla, y cuando la miraba ella lo besaba.

—Si miras como lo besa —decía Álvaro.

—No quiero mirarla

Y luego se echaban a reír de mi pena.

Cuando la noche se hizo madrugada Álvaro yo y los demás salimos borrachos, nadie estaba para broncas, pero si la Flaca, cuando todos se descuidaron, de improviso, llegó a darme una cachetada. Estaba enérgicamente ebria. Discutimos un par de minutos, pero a nadie parecía importarle ni siquiera a mí, le dije que ya no la amaba, aunque se había descubierto la cara para dejarme ver sus ojos marrones y su piel tersa y dulce,

seguiría en mi plan de abandonarla para siempre. Me miró profundamente, mientras el alborozo salsero decía: “!Ran kan kan kan. Kako kako, suena caco!” Entre tanto la deje ir y me marché. El hombre con el que estaba la haló de un sopetón para meterla de inmediato a la disco. Se iba armar la bronca, pero calmé a todos advirtiéndole que no me importaba. “Ya no me importa la Flaca”, me dije.

Se dañó la festividad cuando Isabel empezó a vomitar en la banquetta. Los demás salieron a la casa de Alfredo, mientras yo murmuré que quería caminar hasta su casa. Nadie dijo nada, procedieron a dejarme libre, y me dispuse a transitar como un fantasma en las calles. Quería caminar, es cierto, oler los senderos perfumados de polvo, sentir el tacto de las lámparas en los parques, cegarme con los colores del semáforo y los pitos de los autos a velocidades extravagantes. La ciudad era miserable esa noche. Recordé, al mirar un indigente, que mañana sería el día de las ánimas, que mi madre pagaría para que el párroco pronunciara los nombres de mis bisabuelos en el cementerio, y que luego almorzarían en su honor. El indigente me miró, escuchó el temblor de mis zapatos en la yerba, y recayó de nuevo hasta quedar dormido en el borde de una banca. La mirada del indigente me hizo recordar que en sus justas proporciones yo me encontraba como aquel personaje, él, exiliado de esta realidad, y yo de la realidad de la Flaca.

Hace mucho tiempo que no miro a la Flaca, y no sé nada de ella, hasta que en esos días calurosos, donde el sol arremete hasta los tuétanos, sonó el teléfono. Del otro lado del auricular, una voz temblorosa me dijo: “llamo solamente para recordarte que el chachachá no se baila igual que el Boogaloo. Deja de ser un completo idiota”. Y colgó. Las nubes habían ocultado el sol. Colgué también el auricular, y salí con Álvaro, que había prendido la rumba en la casa de Alfredo; porque sin la Flaca o con la Flaca lo único que se podía hacer para aliviar

el tedio de su soledad era bailar por todos los días y por todos los años de mi existencia.

AUTOR
Cristhian Insuasty M.

Cristhian Insuasty M, nace en Sandoná, Nariño, el 2 de abril de 1994. Es Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño. Ha publicado el libro de poesía: *Ínfulas Memorias*, (2022). Ha escrito para las revistas: *La Literatura del Arte*, *Revista Awasca*, *Arte*, *Filosofía*, *Literatura y Conflictos Sociales*, entre otras. Así mismo obtuvo la primera mención del IV Concurso de Relato Autobiográfico Breve 2022, Universidad Autónoma de Occidente, y fue ganador de la convocatoria de estímulos de la Gobernación de Nariño, *Cultura Viva*.





Editorial
Universidad de Nariño

El fantasma de tu sombra y otros relatos

Fecha de publicación: 2023

San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

El fantasma de tu sombra, es un libro de relatos, en donde los temas giran de manera lineal y otras, en una elipsis violenta, en torno a los valores y antivalores propios del ser humano, que se ven reflejados en las vidas cotidianas a través de la escritura de ficción. El lenguaje de los narradores reencarnan la crudeza de la vida, el cántico glorioso de la muerte, la belleza del amor, o la súbita condena de la ausencia y la nostalgia. La intertextualidad de los relatos, sugiere un discurso de una pluralidad de voces y recursos estilísticos propios del autor, en donde, mediante citas, monólogos internos, diálogos de reflexión, etc., propone la verosimilitud en la obra.

El fantasma de tu sombra, aparece y desaparece cuantas veces él lo considere necesario y solo las sombras cobrarán intensidad cuando los rayos de luz golpeen su transparencia; de esta manera, puede ser visto como una obra de arte, en donde expresa la sutileza de lo bello o, como la más miserable de las creaciones. Esta obra, surge al entrar a lo desconocido, al terreno inhóspito de lo realmente salvaje, que es la experiencia; en donde el autor, se somete, en una batalla inevitable, a la creación de los narradores, los personajes, las atmosferas, los lugares y los tiempos, para que a través de estos artilugios, se puedan crear mundos posibles.



Universidad de Nariño
FUNDADA EN 1904



Universidad de Nariño
ACREDITADA EN ATEL CALIDAD
RESOLUCIÓN MEN 000022 - ENERO 11 DE 2023

Editorial
Universidad de Nariño